

Serie de Clásicos Cristianos

EL PROGRESO DEL PEREGRINO

para todos

JOHN BUNYAN (1628-1688)

EL
PROGRESO DEL
PEREGRINO
PARA TODOS

*Desde este mundo
al que ha de venir*

Juan Bunyan (1628-1688)

Contenido

Convicción de pecado

El peregrinaje de Cristiano	5
Evangelista provee dirección	5
Vecinos antipáticos (Obstinado y Flexible).....	6

En busca del Salvador

El Pantano de la Desconfianza	8
El consejo del señor Saber Mundano	9
Ayuda de Evangelista	10
Cristiano llama a la puerta angosta (vigilada por Buena Voluntad).....	12
La casa de Intérprete	13

Salvación

Cristiano ante la Cruz.....	15
Simple, Pereza y Presunción.....	16
Formalista e Hipocresía	16
El Collado de Dificultades	17
La pérdida de Cristiano (duerme de día).....	18

Comunión fraternal

El palacio “Hermoso”	19
Acerca del Señor del Collado	20

Guerra espiritual

Cristiano lucha con Apolión	22
El Valle de Sombra de Muerte.....	24
Cristiano se encuentra con Fiel	26
La exhortación y profecía de Evangelista.....	27

El mundo

Feria de la Vanidad.....	28
El juicio de Fiel.....	29

Enseñanzas falsas y dudas

El Señor Conveniencia	32
Los compañeros de Conveniencia	33
Cristiano le responde a Apego al Mundo.....	35
Demas	35
El río de Dios y la Pradera de la Vereda	36
El Castillo de las Dudas y el Gigante Desesperación.....	37
Las Montañas de las Delicias.....	40

Relación, no “Religión”

Ignorancia de Engreimiento	40
----------------------------------	----

El Lisonjeador.....	41
Ateo	42
El País Encantado.....	43
Recuerdos de Fiel (Esperanza narra su conversión).....	44
Otra vez Ignorancia	45
La Ciudad de Oro (vista desde el País de Beula).....	47
El Río de la Muerte.....	48
<i>¡Entrada a la Gloria!</i>	
La Jerusalén Celestial.....	49
Final del peregrinaje.....	50
El destino de Ignorancia	51

El Progreso del Peregrino fue escrito durante los 12 años que Juan Bunyan pasó en la cárcel. Ha llegado a ser, después de la Biblia, el libro más leído en su original en inglés aparte de los cientos de traducciones a otros idiomas. Esta versión cuidadosamente abreviada da a conocer al lector una provechosa alegoría de la vida cristiana.

© Copyright 2015 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: *www.ChapelLibrary.org/spanish*.

EL PROGRESO DEL PEREGRINO

PARA TODOS

El peregrinaje de Cristiano

Caminando por el desierto de este mundo, llegué a cierto lugar donde había una cueva, en ella me acosté para dormir y tuve un sueño.

En mi sueño vi a un hombre de pie, vestido de harapos y de espalda a su casa; tenía un libro en las manos y una pesada carga sobre los hombros. Vi que abría el libro y lo leía; y mientras leía lloraba y temblaba (Sal. 38:4; Isa. 64:6; Luc. 14:33; Heb. 2:2-3) y, sin poder contenerse, clamó con desesperación, diciendo:

—¿Qué debo hacer? (Hech. 2:37)

En este estado lamentoso, regresó a su casa procurando ocultar su congoja para que su esposa y sus hijos no la notaran. Pero no pudo guardar silencio por mucho tiempo, porque su sufrimiento empeoraba. Al fin dijo:

—Ay mi querida esposa, y ustedes, hijos de mi corazón, estoy afligido a causa de una carga que me abrumba. Además, sé de buena fe que esta nuestra ciudad será quemada con fuego del cielo. Todos moriremos en ella si no hallamos algún modo de escapar (qué todavía no percibo).

Su familia quedó atónita, no porque creyeran lo que les decía, sino porque pensaban que tenía un ataque de angustia. Avanzaba la noche, y esperaban que dormir le apaciguara el cerebro, por lo que se apuraron a acostarlo. Pero la noche era tan angustiosa como el día. Y en lugar de dormir, la pasó llorando y gimiendo.

Cuando amaneció, le preguntaron cómo se sentía y les contestó:

—Me siento peor.

Empezó a hablarles nuevamente, pero ellos comenzaron a endurecerse. Les pareció que tratándolo con dureza y mal humor lo haría reaccionar: a veces se burlaban, a veces lo regañaban y a veces no le hacían caso. Por eso, se retiraba a su cuarto a llorar su infelicidad, iba al campo para orar por ellos con pesar, y también para aliviar su propio sufrimiento. Caminaba solo por los campos, leyendo a veces y a veces orando. Y así fueron pasando los días.

Evangelista provee dirección

Una vez, mientras andaba en el campo (como lo hacía con frecuencia) leyendo su libro, y muy angustiado, lanzó un grito como lo había hecho antes, diciendo:

—¿Qué haré para ser salvo? (Hech. 16:30-31)

Vi también que miraba para un lado y para el otro, como para echarse a correr; pero sin saber qué rumbo tomar, se quedó donde estaba. Entonces vi acercarse a él un hombre llamado Evangelista, que le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Contestó:

—Señor, veo por el libro que tengo en mi mano, que estoy condenado a morir y que después seré juzgado (Heb. 9:27). No quiero lo primero (Job 14:21-22) y no estoy preparado para lo segundo (Eze. 22:14).

—¿Por qué no quieres morir en vista de que te persiguen tantos males?

El hombre contestó:

—Porque temo que la carga que llevo sobre mis hombros me hunda más en el sepulcro.

—Si tal es tu estado —respondió Evangelista—, ¿por qué te quedas parado sin hacer nada?

—Porque no sé a dónde ir —contestó él.

Entonces Evangelista, señalando un llano muy especioso, le dijo:

—¿Ves a lo lejos aquella puerta angosta? (Mat. 7:14) ¿No ves a lo lejos el resplandor de una luz? (Sal. 119:105; 2 Ped. 1:19).

—Creo que sí.

—Entonces, —le dijo Evangelista— no pierdas de vista esa luz, dirígete derecho hacia ella y verás la puerta que, cuando llamas, se abrirá y se te dirá lo que debes hacer.

Y vi en mi sueño que el hombre echó a correr; pero no se había alejado mucho cuando su esposa y sus hijos, al verlo, empezaron a dar voces, rogándole que volviese (Luc. 14:26). Pero el hombre se tapó los oídos y siguió corriendo, exclamando:

—¡Vida! ¡Vida! ¡Vida eterna!

Sin volver la vista, siguió corriendo hacia el centro de la llanura (Gén. 19:17).

Vecinos antipáticos (Obstinado y Flexible)

Los vecinos también salieron a verlo correr, unos se burlaban (Jer. 20:1) y otros le gritaban que regresase. Dos de ellos resolvieron hacerlo retroceder a la fuerza. Uno se llamaba OBSTINADO y el otro FLEXIBLE. Pronto lo alcanzaron. Entonces les dijo el hombre:

—Vecinos, ¿para qué han venido?

A lo que ellos respondieron:

—Para convencerte que vuelvas.

Pero él les dijo:

—De ninguna manera. Ustedes viven en la Ciudad de Destrucción, donde yo nací. Y sé con certeza que tarde o temprano, muriendo allí, se hundirán más hondo que el

sepulcro a un lugar que arderá con fuego y azufre. Déjenme, vecinos y es más: Vénganse conmigo.

—¡Qué! —dijo OBSTINADO— ¿Dejaremos a nuestros amigos y comodidades? (Mat:19:22).

—Sí —dijo CRISTIANO, pues ese era su nombre— porque todo lo que ustedes abandonarían es poca cosa comparado con lo que estoy buscando disfrutar (2 Cor. 4:18). Y si me acompañan, y se mantienen firmes, disfrutarán lo mismo que yo, porque hay de sobra para todos (Luc. 15:17). Vengan conmigo, y comprueben que digo la verdad.

—¿Qué cosas buscas, que dejas todo el mundo para encontrarlas? (Luc. 14:33)

—Busco una herencia incorruptible, pura y que no se desvanece (1 Ped. 1:4). Está reservada en el cielo y segura allí, para ser dada a su tiempo a los que la buscan con empeño (Heb. 11:16). Si quieren, lean de esto en mi libro.

—Fuera con tu libro. ¿Volverás con nosotros o no?

—No, nunca —dijo CRISTIANO— porque ya he puesto mi mano al arado (Luc. 9:26).

Entonces dijo FLEXIBLE:

—Si lo que dice el buen CRISTIANO es cierto, las cosas en cuya busca vas son mejores que las nuestras, y por eso, mi corazón se inclina a acompañarlo.

—¿Cómo? ¡Otro necio más! —dijo OBSTINADO.

—Es que, vecino OBSTINADO, comienzo a entender. Estoy decidido a irme con este buen hombre y confiar en él —dijo FLEXIBLE.

Dirigiéndose a CRISTIANO, continuó diciendo:

—¿Sabes tú el camino a este lugar anhelado?

—Un hombre llamado EVANGELISTA me ha indicado un puerta angosta que hay más adelante, y allí nos darán indicaciones sobre el camino.

—Vamos, pues, buen vecino. Vamos.

Y ambos partieron juntos.

—Yo me vuelvo a mi lugar —dijo OBSTINADO—. No le voy a hacer caso a un señor tan equivocado y fantasioso.

Cuando OBSTINADO se hubo retirado, CRISTIANO y FLEXIBLE tomaron su camino por la llanura conversando de esta manera:

—Vamos, vecino CRSTIANO, ya que solo quedamos nosotros dos, cuéntame más acerca de cómo son las cosas, y cómo disfrutar de ellas cuando llegemos.

CRISTIANO respondió:

—Hay un reino eterno, y nos será dada vida eterna, pero que moraremos para siempre en ese reino (Isa. 65:17; Juan 10:27-29).

—Bien dicho. ¿Y qué más?

—Nos serán dadas coronas de gloria y vestiduras resplandecientes como el sol en el firmamento (Mat. 13:43; 2 Tim. 4:8; Apoc. 34).

—Esto es hermoso, ¿y qué más?

—Allí no habrá más llanto ni dolor, porque el Señor del reino limpiará toda lágrima de nuestros ojos (Isa. 25:8; Apoc. 7:16-17; 21:4).

—Bien, mi buen amigo, me alegro mucho oír estas cosas. Vamos, apuremos el paso.

Pero CRISTIANO dijo:

—No puedo ir tan aprisa como quisiera, por esta carga que llevo en mis espaldas.

El Pantano de la Desconfianza

Ahora bien, cuando terminaban de conversar, se aproximaban a un pantano cenagoso que había en medio de la llanura, y ambos, por no estar atentos, cayeron en el cieno. El nombre del pantano era Desconfianza. Allí pues, se revolcaron por algún tiempo y se llenaron de lodo porque no vieron los escalones de piedra en el medio, y CRISTIANO, por la carga que llevaba, comenzó a hundirse en el fango.

Entonces dijo FLEXIBLE:

—¡Ay, CRISTIANO! ¿y ahora qué haremos?

—De veras que no lo sé —contestó este.

Con esto, FLEXIBLE empezó a perder la paciencia, y le dijo a su compañero:

—¿Es esta la felicidad de que me hablaste? Si tan mala suerte hemos tenido al comenzar, ¿qué podemos esperar desde ahora hasta terminar nuestro viaje? Si salgo de esto con vida, te dejaré disfrutar solo de aquel país.

Haciendo unos esfuerzos desesperados, logró salir del pantano, por el lado que quedaba cerca de su casa, allá se fue y CRISTIANO no lo volvió a ver.

De manera que CRISTIANO quedó para arreglárselas solo en el pantano de la Desconfianza. Siguió luchando para llegar a la orilla más retirada de su casa y más inmediata a la puerta angosta. Pudo llegar, pero no salir del pantano por la carga que llevaba sobre su espalda.

Pero vi llegar, en mi sueño, a un hombre cuyo nombre es AUXILIO, quien le preguntó qué hacía allí.

—Señor, —le dijo CRISTIANO— un hombre llamado EVANGELISTA me dirigió hacia aquella puerta, para que escapara yo de la ira venidera, y cuando iba en camino, caí aquí.

Entonces AUXILIO le dijo:

—¿Pero por qué no buscaste los escalones?

—El miedo se apoderó de mí de tal manera que tomé el camino más corto y caí en este pantano.

—Dame la mano.

Se la dio, y AUXILIO lo sacó a tierra firme mandándole seguir su camino (Sal. 40:2).

Pero CRISTIANO se le acercó y le preguntó:

—Señor, ya que por este rumbo es el camino desde la ciudad de Destrucción a la puerta aquella, ¿no se podría arreglar este camino pero que los pobres viajeros puedan pasar más seguros por aquí?

—Este pantano —dijo AUXILIO— es causado por los muchos temores y dudas que aquí se asientan. Se ha tragado el menos veinte mil coches llenos de instrucciones sanas. Es un lugar que no tiene arreglo: es el descenso por el cual se sume continuamente la suciedad que es parte de vivir en el pecado, y por eso se llama el pantano de la Desconfianza. Porque cuando el pecado cobra conciencia de su condición perdida, surgen en su alma muchos temores que lo desaniman, y se juntan y vienen a parar en este lugar: y tal es la razón por lo que este suelo está en tan malas condiciones.

El consejo del señor SABER MUNDANO

Ya andando solo, CRISTIANO divisó a un hombre que se acercaba atravesando la llanura, y a poco trecho se encontraron.

Aquel hombre se llamaba SABER MUNDANO, que vivía en la ciudad de Manejo Carnal, una población muy grande, no lejos de la ciudad de donde venía CRISTIANO. Este hombre, al encontrarse con CRISTIANO se acordó de lo que había oído de él, pues la salida de CRISTIANO de la ciudad de Destrucción había tenido mucha repercusión, no solo en la misma ciudad, sino también en otros lugares.

—¡Hola, amigo! —¿a dónde vas tan cargado?

—¡Cargado por cierto! Y creo que más cargado que ningún otro infeliz lo haya estado jamás. Me preguntas a dónde voy. Me dirijo a esa puerta angosta que está más adelante, porque allí, según me han dicho, me enseñarán cómo líbrame de esta carga.

—¿Tienes mujer e hijos?

—Sí pero esta carga me agobia tanto, que no los disfruto como antes, y es como si no los tuviera (1 Cor. 7:29).

—¿Quién te mandó seguir en este camino para librarte de tu carga?

—Un hombre que me pareció muy importante y honorable; se llama, según recuerdo, EVANGELISTA.

—¡No sigas su consejo! No hay camino en este mundo más peligroso y problemático que este que te ha indicado, y ya lo comprobarás si sigues su consejo. Algo de experiencia has tenido ya, según veo, pues llevas lodo del Pantano de la Desconfianza; pero ese pantano solo es el principio de los sufrimientos que esperan a los que andan en este camino. Escúchame, soy mayor que tú: es probable que te encuentres con peligros, desnudez, hambre, espada, leones, dragones, tinieblas y aun la muerte. Estas cosas son reales, habiendo sido confirmadas por el testimonio de muchos. ¿Por qué ha de arruinarse un hombre tan neciamente por escuchar a un desconocido? Puedo indicarte cómo obtener lo que anhelas sin los peligros que, tú, por este camino, te encontrarás. Sí, y la solución es fácil. Además, debo agregar, que en lugar de esos peligros, encontrarás seguridad, amistad y contentamiento.

—Señor, le ruego que me explique más.

—Pues, en aquella aldea más adelante, cuyo nombre es Moralidad, vive un caballero llamado LEGALIDAD, hombre de muy buena reputación y hábil para aliviar a los que llevan cargas como la tuya; sé que ha tenido mucho éxito y hasta ha podido curar a los que han perdido la razón a causa de sus cargas. Su casa está a menos de una milla de aquí, y si acaso no está él en su casa, tiene un hijo, un joven muy atento que se llama URBANIDAD, que te puede ayudar tanto como el anciano mismo. Allí, digo, puedes encontrar alivio. Y si te parece bien podrías mandar por tu esposa e hijos para que vengan a esa aldea. Hay allí casas vacías, y podrás arrendar una a bajo precio. Allí la vida es barata, y vivirás con vecinos honrados y dignos. Por lo tanto, debieras visitar a LEGALIDAD y a su hijo URBANIDAD, y ellos te ayudarán —dijo el Sr. SABER MUNDANO.

Al oír esto, CRISTIANO se sintió indeciso pero pronto razonó: “Si lo que dice este caballero es cierto, me conviene seguir su consejo”, y preguntó:

—Señor, ¿cuál es el camino a la casa de ese buen hombre?

—¿Ves más adelante aquel cerro alto? (El cerro se llama Monte Sinaí).

—Sí, lo veo.

—Tienes que caminar por el costado de ese cerro, y la primera casa a que llegues es la de él.

CRISTIANO entonces dejó su camino para ir a la casa del Señor LEGALIDAD y pedir auxilio, pero cuando llegó cerca del cerro le pareció tan alto, y la parte del lado del camino tan pendiente, que tuvo miedo seguir adelante, no sea que el peñasco le cayera sobre la cabeza. Por lo tanto, se detuvo sin saber qué hacer. Además, ahora su carga le parecía más pesada que antes. También del cerro salían llamas de fuego, y CRISTIANO tuvo miedo de ser quemado (Éxo. 19:16-18). Empezó a sudar y a temblar de miedo (Heb. 12:21). Empezó a arrepentirse de haber seguido el consejo del Señor SABER MUNDANO.

En ese preciso momento vio acercarse a EVANGELISTA, y al verlo se ruborizó de vergüenza. Entonces, EVANGELISTA se le acercó más aún, Y mirándolo con disgusto, comenzó a razonar con él.

Ayuda de Evangelista

—¿Qué haces aquí, CRISTIANO?

CRISTIANO, no sabiendo qué contestar se quedó callado. Entonces, continuó EVANGELISTA:

—¿No eres tú el hombre que encontré llorando fuera de los muros de la Ciudad de Destrucción?

—Sí, Señor.

—¿Cómo es, pues, que te has desviado tan pronto? Porque ahora estás fuera del camino.

—Resulta que en cuanto pasé el Pantano de la Desconfianza, me encontré con un caballero que me convenció que en la próxima aldea podría hallar a un hombre que me aliviará de mi carga.

—¿Qué hombre?

—Su porte era el de un caballero, y me habló tanto, que me convenció y aquí estoy.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó si tenía familia, y le dije que sí. Pero, dije, estoy tan cargado con este peso en la espalda, que no puedo disfrutar de ella como antes. Me recomendó que me apurara a quitarme la carga, y me enseñó un camino más corto y mejor, y sin los obstáculos que hay en ese camino que me enseñó usted, señor; y me dijo que ese camino que me indicaba me llevaría a la casa de un señor muy diestro en quitar cargas. Le creí, me salí del otro camino y me vine a este. Pero cuando llegué a este paraje, y vi cómo eran las cosas, tuve miedo. Ahora no sé qué hacer.

—Detente un poco. ¡Escucha las palabras de Dios! —dijo EVANGELISTA—. “Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma” (Heb. 10:38).

CRISTIANO, pues, permaneció de pie temblando. Luego EVANGELISTA le dijo:

—“Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos” (Heb. 12:25). Has empezado a rechazar el consejo del Altísimo, y de retroceder del camino de paz, casi para tu perdición.

Entonces CRISTIANO cayó casi muerto a sus pies, exclamando:

—¡Ay de mí, estoy perdido!

Pero EVANGELISTA, al verlo así, lo tomó de la mano, diciéndole:

—“Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres... no seas incrédulo, sino creyente” (Mat. 12:31; Juan 20:26).

Con esto, CRISTIANO se animó un poco, y se puso de pie temblando, como lo había hecho antes en la presencia de EVANGELISTA.

Entonces EVANGELISTA, siguió diciendo:

—El hombre con el que te encontraste es un tal SABER MUNDANO y con razón se llama así, pues solo conoce la doctrina de este mundo (1 Juan 4:5), por cuya razón siempre asiste a la iglesia del pueblo Moralidad, en parte porque ama esa doctrina en razón de que le evita la necesidad de creer en la muerte expiatoria de Cristo (Gál. 6:12). Porque es de naturaleza carnal, procura pervertir mis caminos, aunque estos son los correctos. Ahora bien, hay tres cosas en el consejo de este hombre que debes detestar: 1. El que te haya sacado del camino correcto; 2. Su esfuerzo por hacerte aborrecer la Cruz; 3. El hecho que te encaminó por el camino que lleva a la muerte.

Siguió diciendo:

—La persona a quien fuiste enviado para buscar alivio, cuyo nombre es LEGALIDAD, es hijo de la esclava que está ahora en esclavitud con sus hijos (Gál. 4:22-27); y es, por misterio, este Monte Sinaí que has temido cayera sobre tu cabeza. Ahora bien, si ella y sus hijos están en esclavitud, ¿cómo crees que puede librarte de tu carga? Nadie jamás ha

sido aliviado por él, ni nunca lo será (Rom. 3:20; Gál. 2:16). Por lo tanto ese señor SABER MUNDANO es un impostor y su hijo URBANIDAD, a pesar de sus miradas irresistibles no es más que un hipócrita, que no te puede ayudar. Créeme, todo lo que has oído acerca de esos disolutos no es más que un plan para apartarte de la salvación desviándote del camino en que te puse (Heb. 12:18-25).

Ahora CRISTIANO comenzó a maldecir el momento en que se había encontrado con SABER MUNDANO, llamándose mil veces tonto por seguir su consejo. También se sentía muy avergonzado al pensar que los argumentos de ese señor, que surgían de la carne, pudieran haber prevalecido sobre él, tanto que había dejado el buen camino. Hecho esto, se volvió a EVANGELISTA diciendo:

—Señor, ¿qué opina? ¿Hay todavía esperanza? ¿Puedo ahora volverme y dirigirme a la puerta angosta?

EVANGELISTA le respondió:

—Tu pecado es muy grande. Sin embargo, el que está a la puerta te recibirá, porque tiene buena voluntad para con todos. Solamente ten cuidado de no volver a extraviarte, no sea que perezcas en el camino cuando el Señor se enfade (Sal. 2:12).

Cristiano llama a la puerta angosta (vigilada por Buena Voluntad)

Con esto, CRISTIANO echó a andar a buen paso, sin hablar con nadie. Iba como uno que anda por terreno prohibido, sin creerse seguro hasta llegar al camino que había dejado por consejo de SABER MUNDANO. Así que, después de algún tiempo CRISTIANO llegó a la puerta sobre la cual estaba escrito: “Llamad y se os abrirá” (Mat. 7:7). Llamó, pues, varias veces diciendo:

—¿Se me dejará entrar?

Al fin vino a la puerta una persona seria llamada BUENA VOLUNTAD que preguntó quién andaba allí, de dónde venía y que quería.

—Soy un pobre pecador abrumado. Vengo de la Ciudad de Destrucción, pero voy al monte Sión. Quiero saber si me dejará entrar.

—Sí, lo dejaré, de todo corazón —respondió. Y diciendo esto BUENA VOLUNTAD abrió la puerta (Eze. 33:11; 2 Ped. 3:9).

Y cuando CRISTIANO iba entrando, BUENA VOLUNTAD le dio un jalón.

—¿Qué significa esto? —preguntó CRISTIANO.

El otro contestó:

—A poca distancia de esta puerta hay un castillo fuerte, del cual Beelzebub es el capitán; él y los suyos tiran flechazos a los que llegan a esta puerta por si acaso pueden matarles antes de que estén adentro.

Entonces CRISTIANO dijo:

—Me alegre y tiemblo.

En cuanto estuvo adentro, el hombre a la puerta le preguntó quién lo había dirigido a ese lugar.

—EVANGELISTA me mandó venir y llamar, como lo hice; y me dijo que usted, señor, me diría lo que debía hacer.

—Tienes ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar —le dijo BUENA VOLUNTAD (Apoc. 3:8)— Pero, ¿cómo es que has venido solo?

—Ninguno de mis vecinos veía su peligro como yo veía el mío.

—Pero, ¿ninguno te siguió para persuadirte que te volvieras?

—Sí, tanto OBSTINADO como FLEXIBLE, pero cuando vieron que no me podían convencer, OBSTINADO se fue enojado; aunque FLEXIBLE me acompañó un trecho hasta que llegamos al Pantano de la Desconfianza, en el que, de repente, ambos caímos. Fue allí que se desanimó mi vecino FLEXIBLE, y no quiso seguir (Luc. 8:13). Y entonces se fue por su camino y yo por el mío, él tras OBSTINADO y yo hacia esta puerta.

—Ay, pobre hombre —dijo Buena Voluntad— ¿es la gloria celestial de tan poco valor para él, que no la considera digna de correr algunos peligros para obtenerla?

—Es cierto que él se volvió a su casa, pero yo también me desvié del camino para ir a la puerta, siendo persuadido por los argumentos carnales de un tal SABER MUNDANO. De veras que no sé que habría sido de mí allí si no hubiera tenido un encuentro feliz con EVANGELISTA mientras cavilaba deprimido; pero fue por la misericordia de Dios que él se me volvió a acercar, si no, no hubiera podido llegar hasta aquí.

—Mira adelante. ¿Ves ese camino angosto? Pues por ese camino has de ir. Fue abierto por los patriarcas, profetas, Cristo y sus apóstoles. Es derecho como una regla. Este es el camino que tienes que tomar (Mat. 7:13-14).

Entonces vi en mi sueño que CRISTIANO le preguntó si no podía aliviarlo de su carga, pues todavía llevaba ese peso, y no encontraba manera de quitárselo sin ayuda.

—En cuanto a tu carga, cóformate con llevarla hasta que llegues a un lugar donde se caerá sola.

Dicho esto, CRISTIANO se ciñó los lomos y se preparó para el camino.

BUENA VOLUNTAD le dijo que a poca distancia de la puerta llegaría a la casa de INTÉRPRETE, y que allí debía llamar para que le enseñaran cosas excelentes. Con esto, CRISTIANO se despidió de BUENA VOLUNTAD, el cual le deseó buen viaje y la compañía del Señor.

La casa de Intérprete

CRISTIANO siguió su camino hasta llegar a la casa de INTÉRPRETE, donde llamó varias veces. Al fin alguien contestó, y le preguntó quién era.

—Señor —dijo CRSTIANO— soy in viajero que ha venido de la Ciudad de Destrucción y voy camino al Monte Sión. El hombre que está de portero en la puerta de entrada a este camino, me dijo que si yo pasaba por aquí, usted me enseñaría cosas excelentes, que serían provechosas para mi viaje.

INTÉRPRETE lo invitó a pasar a la vez que le decía:

—Pasa, te mostraré lo que te será provechoso.

Lo tomó de la mano y lo llevó a una sala muy grande llena de polvo, porque nunca había sido barrida; después de haberla examinado un rato, INTÉRPRETE llamó a un hombre para que la barriese. En cuanto comenzó a barrer, el polvo se levantó tanto que CRISTIANO estuvo a punto de sofocarse. Entonces INTÉRPRETE le pidió a una criada que estaba cerca:

—Trae agua y rocía la sala.

Hecho esto, fue barrida sin problemas.

—¿Qué significa esto? —preguntó CRISTIANO.

INTÉRPRETE respondió:

—Esta sala representa el corazón del hombre que nunca fue santificado por la dulce gracia del Evangelio. El polvo es su pecado original y su corrupción interior que lo ha contaminado totalmente. El que comenzó a barrer al principio es la Ley; pero la que trajo el agua y roció la sala es el Evangelio. Como viste, tan pronto como el primero comenzó a barrer, el polvo se levantó tanto que era imposible limpiar la sala, y estuviste a punto de sofocarte, así también la Ley, en lugar de limpiar el corazón de pecado, le da vida, le da más fuerza y lo aumenta en el alma, porque la Ley expone el pecado y lo prohíbe, sin poder aplacarlo (Rom. 5:20, 7:9; 1 Cor. 15:26).

Siguió diciendo:

—Y como viste que la criada roció la sala con agua, y así facilitó barrerla, así también cuando el Evangelio entra en el corazón con sus influencias tan dulces y preciosas, vence el pecado y lo subyuga por lo que el alma queda limpia por la fe, y por tanto apta para que habite en ella el Rey de Gloria (Juan 15:3; Hech. 15:9; Rom. 16:25-26; Ef. 5:26).

Vi también en mi sueño que INTÉRPRETE tomó a CRISTIANO otra vez de la mano, y lo llevó a un lugar agradable, donde había un magnífico y hermoso palacio, cuyo vista deleitó mucho a CRISTIANO y en cuyas azoteas veía también que paseaban unas personas vestidas de oro. Entonces preguntó:

—¿Podemos entrar?

Entonces INTÉRPRETE lo condujo a la puerta del palacio donde vio a una muchedumbre deseosa de entrar, pero sin atreverse a hacerlo. A poca distancia había también un hombre sentado a una mesa, no lejos de la puerta, y tenía un libro y un tintero para apuntar el nombre de todo el que entraba. Vio también que la puerta estaba defendida por hombres armados, resueltos a hacerle todo el daño posible a los que intentasen entrar. Ahora CRISTIANO estaba algo confundido: por fin, cuando todos habían emprendido la retirada, por temor a los hombres armados, vio acercarse al escribiente, un hombre que parecía muy fuerte quien le dijo:

—Señor, apunte mi nombre.

Hecho esto, desenvainó su espada, se puso un yelmo en la cabeza, y corriendo a la puerta acometió contra los hombres armados, que se resistieron con furia mortal; más aquél, sin desanimarse, siguió atacando y golpeando, hiriendo a muchos y recibiendo él

varias heridas. Al fin logró abrirse paso por en medio de todos y, espada en mano, entró al palacio (Hech. 14:22). Los que estaban adentro y caminaban en la azotea, lo recibieron diciendo:

—Entra, entra. La gloria alcanzarás.

Entró, pues, y fue vestido como ellos. Entonces CRISTIANO sonrió y dijo:

—Creo que comprendo lo que eso significa. Déjame seguir mi camino.

—No, quédate hasta que te haya enseñado más cosas —le contestó INTÉRPRETE.

Volvió a tomar a CRISTIANO de la mano y lo condujo a un cuarto muy oscuro, donde había una jaula de hierro y un hombre encerrado en ella. Su nombre era RETROCEDIDO y parecía muy triste. Estaba sentado con la cabeza inclinada, las manos plegadas y suspiraba como si el corazón se le estuviera partiendo. El hombre dijo:

—Era un creyente próspero y floreciente ante mis ojos y ante los demás. Creí que calificaba para la Ciudad Celestial, y me daba gozo pensar que allí estaría (Luc. 8:13).

—Bien, pero, ¿qué eres ahora? —preguntó CRISTIANO.

—Soy un hombre sumido en la desesperación, la cual me tiene atrapado, como en esta jaula de hierro. Y no puedo salir, ¡no, no puedo!

—Pero, ¿cómo has venido a parar en esto?

—¿Cómo? Descuidándome, dejando de ser vigilante y sobrio, dando rienda suelta a mis pasiones, pecando contra la Luz del Mundo y la bondad de Dios.

—¿Para qué hiciste todo esto?

—Para disfrutar de los placeres y las ganancias de este mundo; me propuse divertirme mucho, pero ahora cada una de esas cosas me corroe y carcome como un ardiente gusano.

—Entonces dijo INTÉRPRETE a CRISTIANO:

—No te olvides de los sufrimientos de este hombre, y que siempre te sirvan de advertencia.

Cristiano ante la Cruz

Ahora vi en mi sueño que el camino por donde CRISTIANO debía pasar tenía a cada lado un muro llamado Salvación (Isa. 26:1). Por allí, pues, corrió no sin gran dificultad por el peso que llevaba en su espalda.

Corrió hasta que llegó a un lugar más elevado donde había una cruz, y un poco más abajo un sepulcro. En cuanto CRISTIANO *llegó a la Cruz*, su carga se soltó de los hombros y cayendo al suelo rodó hasta caer en el sepulcro, y ya no la volví a ver (Sal. 103:12).

CRISTIANO, sintiéndose ya aliviado, exclamó con gozo:

—*¡Bendito Aquél que me ha dado descanso con sus sufrimientos y vida con su muerte!* (Isa. 53:6; Juan 3:16-18; Rom. 5:8-10,6:23; 2 Cor. 5:21; 1 Juan 4:9-10).

Allí se quedó parado por unos instantes, pasmado de ver lo fácilmente que había caído su carga. Miraba y miraba hasta que las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas (Zac. 12:10). Más he aquí, mientras estaba mirando y llorando, llegaron tres Seres Resplandecientes que lo saludaron diciendo:

—La paz sea contigo.

En seguida el primero le dijo:

—Tus pecados te son perdonados (Mar. 2:5).

El segundo le quitó los andrajos y lo vistió de ropas blancas (Zac. 4:4). El tercero le puso un sello en la frente (Apoc. 22:4) y le entregó un rollo de pergamino que llevaba un sello (Ef. 1:13), con el encargo de leerlo en el camino y entregarlo en la Ciudad Celestial, después de lo cual, siguieron su camino. CRISTIANO ahora dio tres saltos de puro gozo, y comenzó a andar cantando:

—Agobiado he estado bajo el peso de mis pecados. Nadie me los podía aliviar hasta que aquí llegué. ¡Oh, qué lugar es este! ¡Aquí empieza mi felicidad!

Simple, Pereza y Presunción

Después vi en mi sueño que siguió hasta llegar al pie de una pendiente, vio a un lado del camino a tres hombres profundamente dormidos y con grilletes en los pies. Uno se llamaba SIMPLE; el otro, PEREZA; y el tercero, PRESUNCIÓN.

Al verlos en este estado, CRISTIANO se les acercó para ver si podía despertarlos, y les gritó:

—Ustedes son como los que duermen en la punta de un mástil, que debajo tienen el Mar Muerto, un abismo sin fondo (Prov. 23:34). Despierten, pues, y vengan conmigo, y les ayudaré a quitarse los grilletes, pues si el que anda como león rugiente pasa por aquí, serán presa de sus dientes (1 Ped. 5:8).

Despertando, los tres contestaron. Primero lo hizo SIMPLE:

—No veo peligro alguno.

PEREZA añadió:

—Dormiremos un ratito más.

PRESUNCIÓN dijo:

—A ti qué te importa lo que nos pase a nosotros.

Y con esto, se volvieron a dormir y CRISTIANO siguió su camino.

Formalista e Hipocresía

Todavía preocupado, CRISTIANO vio a dos hombres brincando la pared del lado izquierdo del camino, y lo alcanzaron a paso acelerado. Uno de ellos se llamaba FORMALISTA y el otro, HIPOCRESÍA.

CRISTIANO les preguntó:

—¿De dónde vienen y a dónde van?

Respondieron ellos:

—Nacimos en el país de Vanagloria y vamos al Monte Sión en busca de alabanza.

—¿Por qué no entraron por la puerta a la entrada del camino? ¿No saben que está escrito “El que no entra por la puerta, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador”? (Juan 10:1).

Respondieron que sus compatriotas consideraban que la puerta quedaba demasiado lejos, y que su manera usual de entrar era brincar el muro como lo habían hecho ellos.

—¿No creen ustedes que será contado como transgresión contra el Señor del lugar donde nos dirigimos, el violar así su voluntad revelada?

Le respondieron que, en cuanto a eso no tenía por qué preocuparse.

—Además —dijeron— el asunto es que entramos y, ¿qué importa cómo?

A lo que contestó CRISTIANO:

—Yo ando según las reglas de mi Maestro, ustedes según el impulso de sus caprichos. Ustedes ya son contados como ladrones por el Señor del camino, por lo cual no contarán con su misericordia (Juan 14:6).

A esto no contestaron nada, solo le dijeron que se ocupara de sí mismo. Luego vi que cada cual siguió su camino, sin mucho que hablar (Jue. 21:25), salvo que los dos hombres le dijeron a CRISTIANO que en cuanto a la ley y las ordenanzas no dudaban de que tenían que seguirlas como él.

—No serán ustedes salvos por las leyes y las ordenanzas, ya que no entraron por la puerta (Juan 1:7-9; Gál. 2:16).

Los otros nada contestaron, solo se miraron uno al otro y rieron.

El Collado de Dificultades

Vi luego, que todos llegaron al pie del Collado de Dificultades, donde había un manantial. Desde allí partían otros dos caminos además del que venía derecho desde la puerta angosta: el uno conducía a la izquierda y el otro a la derecha del pie del collado; más el camino angosto subía derecho por el collado que se llama Dificultades. CRISTIANO fue primero al manantial y bebió agua para refrescarse; en seguida comenzó a subir el collado. Los otros dos llegaron también al pie del collado, pero cuando vieron que la cuesta era alta y empinada, y que había otros dos caminos más fáciles, resolvieron ir por ellos. El nombre de uno de estos era Peligro, y el del otro, Destrucción. Uno tomó el camino del Peligro, y fue a parar a un bosque grande; y el otro siguió el camino de la Destrucción, que lo condujo a un campo inmenso lleno de montañas oscuras, donde tropezó y cayó sin poder volver a levantarse.

Después miré a CRISTIANO para ver cómo subía el collado, y noté que tropezaba y a menudo caía, y muchas veces trepaba valiéndose de las manos y rodillas por lo empinado de la cuesta. Ahora bien, a mitad de la subida había una arboleda agradable, hecha por el Señor del collado para descanso de los peregrinos fatigados. Allí, pues, llegó CRISTIANO

y se sentó a descansar. Luego sacó el rollo de su pecho y se puso a leer para consolarse. También volvió a admirar la vestimenta que le había sido dada en el lugar de la cruz, y ya tranquilo, pronto empezó a dormitar. Luego cayó en un sueño tan profundo que lo detuvo allí hasta casi el anochecer; y estando dormido, se le cayó el rollo de las manos. Mientras dormía, se le acercó uno corriendo que lo despertó, diciendo:

—Mira a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio (Prov. 6:6).

Y con eso, CRISTIANO dio un salto poniéndose de pie y emprendió nuevamente su camino cuesta arriba a buen paso hasta llegar a la cumbre.

En la cumbre del collado, le salieron al encuentro dos hombres que venían corriendo. El nombre de uno era TEMEROSO y el del otro DESCONFIADO, a los cuales CRISTIANO preguntó:

—Señores, ¿qué pasa? ¡Están corriendo en dirección contraria!

TEMEROSO le respondió que se dirigían al Monte Sión pero que habían escalado a este lugar difícil:

—Pero más andamos —agregó jadeando— más peligros encontramos. Por eso, dimos vuelta y ahora nos volvemos.

—Sí —dijo Desconfiado— porque un poco más adelante hay dos leones en el camino, si despiertos o dormidos, no sabemos, pero si llegamos hasta estar a su alcance, seguro que nos harían pedazos.

—Lo que dicen me espanta —dijo CRISTIANO— pero, ¿a dónde podría ir para estar a salvo? ¡Seguiré adelante!

La pérdida de Cristiano (duerme de día)

Así, DESCONFIADO y TEMEROSO corrieron cuesta abajo, mientras CRISTIANO seguía su camino. Pero pensando en lo que habían dicho aquellos hombres buscó en su seno el rollo, para leerlo y recibir consuelo, pero por más que lo buscó no lo pudo encontrar. Muy afligido, CRISTIANO no sabía qué hacer porque necesitaba eso que él usaba para consolarse, y lo que hubiera sido su pase a la Ciudad Celestial. Se recriminó por ser tan necio como para dormirse en aquel lugar que había sido colocado allí para tener un poco de descanso de su cansancio.

Por lo tanto, emprendió el regreso hasta divisar la arboleda, se regañaba a sí mismo por haberse dormido, diciendo: “¡Oh, miserable de mí! ¡Haberme dormido de día! ¡Dormirme en medio de la dificultad! (1 Tes. 5:7-8; Apoc. 2:4-5) ¡Haber cedido a la carne! ¡Cuántos pasos he tomado en vano! (Esto mismo le pasó a Israel, porque por su pecado tuvieron que regresar por el camino del Mar Rojo). Y ahora tengo que avanzar con dolor, que hubiera podido hacer con alegría, si no hubiera sido por este sueño pecaminoso. Tengo que andar por el mismo camino dos veces, cuando no hubiera sido necesario hacerlo más de una vez. ¡Ay, ojalá no me hubiera dormido!”

Para entonces, había llegado a la arboleda donde se sentó y lloró un rato, pero el final buscando tristemente alrededor, vio el rollo, que recogió inmediatamente; y temblando

se lo metió en el seno. ¡Qué alegría la de este hombre cuando había recobrado el rollo, porque este era la seguridad de su vida (1 Juan 5:13)!

También volvió a recordar lo que le habían contado de los leones. Y se dijo CRISTIANO: “Estas fieras andan de noche buscando su presa, y si me encuentran en la oscuridad, ¿cómo escaparé de sus garras?”

Y así, siguió su camino, lamentándose todo el tiempo su infeliz error, cuando de pronto levantó la vista y he aquí vio un magnífico palacio. El nombre del palacio era HERMOSO y estaba a un costado del camino real.

El palacio “Hermoso”

Ahora vi en mi sueño que CRISTIANO se apresuró hacia el palacio para ver si acaso podía hospedarse allí, pero a poco andar entró en una pasadizo angosto que distaba unos cien metros del palacio. Delante de él divisó a dos leones en el camino, por lo que tuvo miedo de seguir adelante, y pensó en volverse atrás. El portero vio que CRISTIANO vacilaba, como si se fuera a regresar. Pero VIGILANTE, el portero, exclamó:

—¿Es tan poca tu fe (Mar. 4:40)? No temas a los leones porque están encadenados y fueron puestos allí para probar la fe (1 Ped. 1:7) y para descubrir quiénes no la tienen. ¡Sigue andando por el centro del camino, y no sufrirás ningún daño!

Entonces vi que seguía adelante siguiendo con mucho cuidado las indicaciones del portero. Aunque los oyó rugir, no recibió mal alguno. Entonces batió palmas y siguió hasta llegar y detenerse ante la puerta donde estaba el portero.

CRISTIANO le preguntó al portero:

—Señor, ¿qué casa es esta? ¿Puedo pasar aquí la noche?

—Esta casa fue construida por el Señor del Collado, y lo hizo para el alivio y seguridad de los peregrinos —respondió VIGILANTE.

También le preguntó de dónde venía y a dónde iba.

—Vengo de la Ciudad de Destrucción y voy al Monte Sión, pero quisiera, si fuera posible, pasar aquí la noche.

—Pero, ¿cómo es que has llegado tan tarde? El sol se ha puesto ya.

—Hubiera llegado antes, desgraciado de mí (Rom. 7:24) si no hubiera sido porque me dormí en la arboleda que está a la subida. Estando dormido perdí mi certificado; más adelante, buscándolo y no pudiendo encontrarlo, tuve que regresar, muy a pesar mío, al lugar donde me dormí, y allí lo encontré. Y ahora aquí estoy.

—Está bien. Llamaré a una de las doncellas del palacio, quien, si aprueba lo que dices, te presentará al resto de la familia, conforme a las reglas de la casa.

VIGILANTE tocó pues, una campanilla, a cuyo sonido apareció en la puerta una hermosa doncella que parecía seria, llamada DISCRECIÓN, quien después de conversar con él podía hacer lo que mejor le pareciera, según los reglamentos de la casa.

Ella le preguntó de dónde venía y a dónde iba y él se lo dijo. También le preguntó qué había visto y encontrado en el camino, y él le contó todo. Entonces ella sonrió, y después de una breve pausa, dijo:

—Llamaré a tres más de la familia.

Corrió a la puerta y llamó a PRUDENCIA, PIEDAD y CARIDAD, quienes lo llevaron donde estaba la familia, y muchos de ellos lo recibieron en el umbral diciendo:

—Entra, bendito del Señor, que esta casa fue edificada precisamente para hospedar a peregrinos como tú.

Cristiano, pues, las siguió adentro. En cuanto hubo entrado y se hubo sentado, le dieron algo para tomar y acordaron que mientras se preparaba la cena, algunos de ellos conversarían un rato con CRISTIANO para aprovechar el tiempo.

PRUDENCIA le preguntó:

—¿Qué haces para librarte de tus ansiedades?

—Sí, no tengo más que acordarme de lo que vi en la Cruz, eso me libra de ellas. Y cuando miro mi vestidura bordada, eso también lo hace. Además cuando leo el rollo que llevo en mi seno, también lo hace. Y cuando pienso con esperanza a dónde voy, desaparecen” (Heb. 12:1-3).

Luego siguió hablando CARIDAD con él. Empezó, preguntando:

—¿Tienes familia? ¿Eres casado?

—Tengo esposa y cuatro hijos pequeños.

—¿Y por qué no los trajiste contigo?

Respondiendo, CRISTIANO lloró.

—¡Ay, con cuánto gusto lo hubiera hecho! Pero todos se oponían a mi viaje.

—¿Qué razones dieron para no acompañarte?

—Tenían miedo de perderse los placeres necios del mundo. Así que por una razón y luego otra, me dejaron partir solo.

—“Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma” (Eze. 3:19).

Acerca del Señor del Collado

Después vi en mi sueño que quedaron conversando hasta que estuvo lista la cena. La mesa estaba llena de ricos y sustanciosos manjares, y toda la conversación giró alrededor del Señor del Collado, lo que había hecho y la razón por qué había edificado aquella casa; y por lo que decían, entendí yo que el Señor había sido un gran guerrero, y que había peleado y matado al que tenía poder sobre la muerte (Heb. 2:14-15), pero no sin correr gran peligro; y esto me hizo amarle más.

Porque, como decían, lo hizo derramando mucha sangre, pero lo que colmó de virtud a todo lo que hizo, fue haberlo hecho por puro amor a su país (Juan 3:16). Y además, algunos de la familia decían haberlo visto y hablado con él después de su muerte

en la Cruz. Dijeron que habían oído de su propia boca que amaba a los pobres peregrinos, con amor sin paralelos.

También le dieron un ejemplo de lo que afirmaba, y esto era que se había despojado de su gloria para hacer esto por los pobres (Fil. 2:5-11), y que le habían oído decir y confirmar que no moraría solo en el Monte Sión. Dijeron también que había hecho príncipes a muchos peregrinos aunque por naturaleza habían nacido mendigos en un estercolero (1 Sam. 2:8; Sal. 113:7).

Siguieron conversando hasta muy noche; y después de haberse encomendado a la protección del Señor, se retiraron a descansar. Llevaron al peregrino a un cuarto grande en el piso alto, que tenía una ventana que daba al Oriente. El nombre del cuarto era Paz, y allí durmió CRISTIANO hasta rayar el alba.

Al día siguiente lo llevaron a la armería, donde le mostraron toda clase de armas que el Señor había provisto para los peregrinos, como espadas, escudos, yelmos, corazas y calzado que no se gasta. También le enseñaron instrumentos con los cuales algunos de sus siervos habían hecho cosas maravillosas. Le mostraron la vara de Moisés (Éxo. 7:20; 10:13; Núm. 20:11), los cántaros con que Gedeón puso en fuga a los ejércitos de Madián (Jue. 7:19-20). Luego le enseñaron la quijada con que Sansón hizo sus proezas (Jue. 15:16), también la honda y la piedra con que David mató a Goliat de Gath, y también la espada con la cual el Señor matará al hombre de pecado el día que se levante para hacer frente a la presa (2 Tes. 2:3; Apoc. 19:15; 20:3).

Sus amigos dijeron:

—Si mañana está bueno el tiempo, te mostraremos las Montañas Deleitables que —según dijeron— aumentarían su bienestar (Isa. 33:16-17), cerca de su destino. Era la Tierra de Emmanuel, y es tan accesible, le dijeron, como lo era este collado para todos los peregrinos. CRISTIANO quería seguir su camino. Salió con sus amigos hasta la puerta, y allí le preguntó al portero si había visto pasar a otro peregrino, a lo que el portero respondió que sí.

—Dime, ¿lo conocías? —preguntó CRISTIANO.

—Le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba FIEL.

—Ah, lo conozco, es de mi pueblo, es mi vecino, viene del lugar donde nació. ¿Crees que habrá avanzado mucho?

—Ya debe haber llegado al Valle de la Humillación.

—Bien, buen portero, el Señor sea contigo, y añada abundantemente a todas tus bendiciones por la bondad que me has mostrado.

Diciendo esto, comenzó a avanzar, pero entonces dijo CRISTIANO:

—Así como fue difícil subir, hasta donde puedo ver es peligroso bajar, porque es difícil bajar al Valle de Humillación, sin tener una caída en el camino.

Después vi en mi sueño que estas buenas compañeras le dieron un pan, una botella de vino y un racimo de uvas.

Cristiano lucha con Apolión

Empezó a descender con mucho cuidado; no obstante dio uno o dos resbalones.

Pero ya en el Valle de Humillación, el pobre CRISTIANO tuvo un problema. Había andado poco trecho, cuando divisó a un enemigo maligno que venía a su encuentro, cuyo nombre era APOLIÓN. CRISTIANO comenzó a tener miedo y a pensar qué sería mejor, si retroceder o permanecer firme. Se acordó que no tenía armadura en sus espaldas, y por lo tanto, correr del enemigo sería darle mayor ventaja, pues con facilidad podría herirlo con sus dardos; por lo tanto, decidió arriesgarse y mantenerse firme.

CRISTIANO siguió su camino, y a poco trecho se topó con APOLIÓN. El monstruo era de horrible aspecto; estaba vestido de escamas como de pescado (de lo cual se enorgullecía). Tenía alas como de dragón, pies de oro y su boca era como la boca de un león. Al acercarse a CRISTIANO, lo miró con desdén y le preguntó:

—¿De dónde vienes y a dónde vas?

—Voy a Sión y vengo de la Ciudad de Destrucción, que es un lugar malo.

—Todo ese territorio es mío, y yo soy príncipe y dios de él. Por lo tanto, tú eres uno de mis súbditos, y has huido de tu rey.

—Nací en tus dominios, pero estar a tu servicio es duro, y tu paga es tal que es imposible vivir con ella, porque la paga del pecado es muerte (Rom. 3:23).

—No hay príncipe dispuesto a perder súbditos, ni estoy dispuesto a perderte a ti.

—¡Pero ya me he entregado al Rey de Reyes! ¿Cómo podría volver a ser tuyo? — preguntó CRISTIANO.

—Tú ya le has sido infiel en tu servicio a él; ¿cómo, pues, esperas recibir de él recompensas?

—¿En qué he sido infiel, APOLIÓN?

—Desmayaste al comenzar tu viaje cuando casi te sofocas en el Pantano de la Desconfianza. Pretendiste librarte de tu carga de muchos modos, cuando correspondía que esperaras hasta que tu Príncipe te la quitara. Fuiste culpable de dormirte y perder lo de más valor. También casi estuviste a punto de retroceder por miedo a los leones. Y cuando hablas de tu viaje, de lo que has visto y oído, por lo que dices, muestras la vanagloria de tu corazón.

—Todo eso es cierto, y habría mucho más para decir, pero el Príncipe a quien sirvo y honro es misericordioso y pronto para perdonar.

En ese momento, APOLIÓN, sin poder contener su rabia, prorrumpió en voces, diciendo:

—Soy enemigo de ese Príncipe, aborrezco su persona, sus leyes y su pueblo. He venido con el propósito de deshacerme de ti.

—APOLIÓN, cuidado con lo que haces porque estoy en el camino del Rey, el cual es camino de santidad; por tanto, cuídate.

APOLIÓN, ocupando todo lo ancho del camino, dijo:

—No creas que te tengo miedo. Prepárate para morir, pues juro por mi caverna infernal que de aquí no pasas; aquí derramaré tu sangre.

Diciendo esto, le arrojó un dardo encendido al pecho, pero CRISTIANO tenía un escudo en el brazo, con el cual evitó ese peligro. Luego CRISTIANO desenvainó su espada, pues vio que ya era tiempo de defenderse. APOLIÓN, por su parte, lo asaltó con furor, lanzándole dardos tan espesos como el granizo, de manera que a pesar de todo lo que hacía CRISTIANO para evitarlos, APOLIÓN lo hirió en la cabeza, la mano y el pie. Esto hizo que CRISTIANO retrocediese un poco; lo cual APOLIÓN aprovechó para atacarlo con más furor, pero CRISTIANO se compuso y resistió con todo el vigor que pudo. Este terrible combate duró más de medio día, tanto que CRISTIANO estaba casi rendido, pues a causa de sus heridas, se sentía más y más débil.

Entonces APOLIÓN, viendo su oportunidad, comenzó a acercarse más a CRISTIANO, y luchando cuerpo a cuerpo con él logró tirarlo al suelo con tanta violencia que a este se le escapó la espada de la mano. Viendo esto, APOLIÓN exclamó:

—Ahora te tengo acorralado.

Y con eso lo aplastó tanto que casi lo sofocó hasta matarlo, tanto que CRISTIANO empezó a desesperar de su vida. Pero quiso Dios que cuando APOLIÓN estaba a punto de descargar su golpe de gracia, CRISTIANO alargó la mano y tomó su espada (Ef. 6:17), diciendo:

—No te huelgues de mí, enemigo, porque aunque caí, he de levantarme (Mic. 7:8).

Y con eso le dio una estocada mortal que lo hizo retroceder como un herido de muerte. CRISTIANO, notando esto, volvió a atacarlo, diciendo:

—Antes, en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de Aquel que nos amó (Rom. 8:37).

Y con esto, APOLIÓN abrió sus alas de dragón, huyó y CRISTIANO ya no lo volvió a ver.

A menos que lo haya visto y oído como lo vi y oí yo, nadie puede imaginarse este combate con lo espantoso y horrible de los gritos de APOLIÓN por un lado, y por el otro, los ayes y gemidos del corazón de CRISTIANO. Ni una vez le vi una mirada placentera, pero cuando hubo herido a APOLIÓN con su espada de dos filos (Heb. 4:12-13), entonces sí sonrió y miró hacia lo Alto. ¡Fue el combate más terrible que he visto!

Cuando hubo terminado la batalla, CRISTIANO dijo:

—Aquí daré gracias a Aquel que me ha librado de la boca del león, a Aquel que me ayudó contra APOLIÓN.

Luego que hubo dicho esto, se le presentó una mano con hojas del árbol de la vida (Apoc. 22:2), que él tomó y las aplicó a las heridas recibidas en la batalla. Y al instante fue sano. Enseguida se sentó allí mismo a comer pan y beber de la botella que poco antes le habían regalado. Sintiéndose refrescado, siguió su camino con la espada desenvainada, pues pensaba: “Puede haber algún otro enemigo cerca.” Pero en todo ese valle no volvió a encontrarse con ningún enemigo.

El Valle de Sombra de Muerte

Al final de ese Valle de Humillación había otro, llamado Valle de Sombra de Muerte, y preciso era que CRISTIANO lo atravesase, pues en medio de él estaba el camino a la Ciudad Celestial. Ese valle era muy solitario; el profeta Jeremías lo describe así: “Una tierra desierta y despoblada, por tierra seca y de sombra de muerte, por una tierra por la cual no pasó varón, ni allí habitó hombre” (Jer. 2:6).

Aquí CRISTIANO sufrió más apuros que cuando luchaba con APOLIÓN.

Vi luego en mi sueño que cuando CRISTIANO llegó al límite del Valle de Sombra de Muerte, se encontró con dos hombres que volvían a toda prisa en dirección contraria. Eran hijos de aquellos que dieron un informe negativo de la buena tierra (Núm. 13:32).

—¡Atrás! ¡Atrás! —dijeron.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó CRISTIANO.

—Íbamos en la misma dirección que tú vas, avanzamos hasta donde nos atrevimos. Miramos adelante y vimos el valle que es negro como la brea; vimos duendes, sátiros y dragones del abismo. Oímos también un continuo aullar y gritar, como de gentes sufriendo indeciblemente, que eran prisioneras de la aflicción y estaban en cadenas. Y sobre ese Valle cuelgan las terribles nubes de la confusión; la muerte también extiende constantemente sus alas sobre él. En una palabra, todos es horrible y caótico (Job 3:5; 10:22).

Oyendo esto, CRISTIANO respondió:

—Este es mi camino a mi puerto seguro.

—Será el tuyo, pero no el nuestro.

Con esto se marcharon.

CRISTIANO siguió su camino, aunque siempre con la espada desenvainada en su mano, con miedo de ser asaltado. El sendero era muy angosto, a la derecha había una zanja muy profunda y a la izquierda, un peligroso lodazal. La zanja a la derecha es a la que los ciegos han guiado a los ciegos, pereciendo desgraciadamente ambos. El lodazal a la izquierda, aun si cae en él un hombre bueno, no toca fondo. En ese lodazal cayó una vez el rey David y sin duda se hubiera ahogado allí, si no lo hubiera sacado el Todopoderoso (Sal. 69:14).

El buen CRISTIANO se vio en más aprietos, porque cuando procuraba en la oscuridad evitar la zanja por un lado, corría el peligro de caerse en el lodazal por el otro. Además de los peligros mencionados, el sendero aquí era tan oscuro que cuando levantaba un pie, no sabía dónde pisaría.

Casi a la mitad de este Valle, noté que muy cerca del camino se encontraba la boca del infierno. “Ahora, ¿qué haré?” pensó CRISTIANO. Vi cómo salían muchas llamas y mucho humo, con chispas y ruidos horribles (cosas que no hacían caso a la espada de CRISTIANO, tal como no lo había hecho APOLIÓN). Por eso CRISTIANO se vio obligado a envainar su espada, y tomar el arma de la Oración (Ef. 6:18).

—Libra ahora, oh Señor, mi alma (Sal. 116:4) —exclamó.

De esta manera siguió por mucho tiempo; las llamas de vez en cuando llegaban hasta donde él estaba; también oía voces lúgubres y torbellinos que iban y venían, de tal modo que a ratos creía que iba a ser despedazado o pisoteado como el lodo de las calles. Este terrible espectáculo y estos horribles ruidos le siguieron por muchas leguas. Y cuando llegó a cierto lugar le pareció que se le acercaba una banda de espíritus malignos. Se detuvo para pensar lo que debía hacer. De a ratos se inclinaba a retroceder; luego pensaba que tal vez ya había atravesado la mitad del Valle. Recordó también cómo había vencido muchos peligros y que volverse atrás podría ser más peligroso que seguir adelante, por lo que decidió seguir. Pero los demonios parecían acercarse más y más. No obstante, cuando llegaron casi donde estaba él, CRISTIANO gritó con todas sus fuerzas:

—Andaré en la fortaleza del Señor Dios.

A esto, retrocedieron y no volvieron a molestarlo.

No quiero dejar pasar un detalle. Noté que ahora el pobre CRISTIANO estaba tan confundido que ni reconocía su propia voz. Y en esto fue que lo noté: justo cuando estaba al borde del pozo ardiendo, uno de los malignos se la puso atrás, se le acercó suavemente y murmuraba blasfemias terribles que él creía *procedían de su propia mente*. Esto afectó más a CRISTIANO que cualquier cosa que se había encontrado hasta el momento, al punto de que pensó ¡que debía ahora blasfemar a Aquel que tanto amara antes! Pero ni si hubiera podido, lo hubiera hecho, porque no tenía la lucidez de taparse los oídos ni de saber de dónde procedían las blasfemias.

Al seguir caminando desconsolado por un tiempo, le pareció oír una voz que decía: “Aunque ande en Valle de Sombra de Muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Jos. 1:7-9; Sal. 23:4).

Al oír esto, CRISTIANO se alegró por estas razones: *Primero*: Porque de esto infirió que otros que temían a Dios también andaban por ese Valle. *Segundo*: Porque supo que Dios estaba con ellos aun en ese estado tan tenebroso y triste, y “¿por qué no yo también?” pensaba, “aunque en razón del ambiente que hay en este lugar no puedo percibirlo” (Job 9:11). *Tercero*: tenía la esperanza (de alcanzarlos) para tener su compañía. Por tanto siguió su camino y dio voces al que iba delante, mas este no sabía que contestar, creyéndose también solo. Poco después amaneció, y dijo CRISTIANO: “Vuelve la sombra de muerte en mañana” (Amós 5:8).

Ya se asomaba el sol. Esto fue otra misericordia para CRISTIANO, porque hay que notar que si la primera parte del Valle de Sombra de Muerte era peligrosa, la segunda, que todavía le faltaba atravesar hasta llegar al final del Valle, era más peligrosa aún porque estaba tan llena de trampas de todas clases, redes, pozos, algunos profundos y salientes, que si hubiera estado oscuro ahora, como cuando anduvo por la primera parte del Valle, hubiera perecido. Pero, como acabo de decir, estaba amaneciendo.

Dijo pues:

—Dios hace resplandecer su luz sobre mí y con su luz pasaré por la oscuridad (Job 29:3).

Con esta luz, pues, llegó al final del Valle. Ahora vi en mi sueño que había sangre, huesos, cenizas y cuerpo mutilados de hombres, aun cuerpos de peregrinos que habían pasado por allí en otros tiempos.

Luego cantó CRISTIANO:

—¡Oh mundo maravilloso! No puedo decir menos porque fui guardado de ese peligro, hubiera podido ser atrapado, o me hubiera enredado y caído. Pero porque vivo ¡a Cristo sea la gloria!

Cristiano se encuentra con Fiel

Siguiendo CRISTIANO su camino, vio más adelante a FIEL. Al verlo, CRISTIANO corrió con todas sus fuerzas y no solo alcanzó, sino que pasó a FIEL, de modo que el último fue primero. CRISTIANO se sonrió vanagloriándose de haber pasado a su hermano. Pero se distrajo de modo que tropezó, cayó y no pudo levantarse hasta que FIEL vino a socorrerlo. Siguieron juntos amistosamente, conversando de todo lo que les había pasado en su peregrinaje.

CRISTIANO comenzó así:

—Mi estimado y amado hermano FIEL, me alegro de haberte alcanzado, y que Dios haya templado de tal suerte nuestros espíritus, que podemos andar como compañeros en este camino tan agradable. ¿Cuánto tiempo estuviste en la Ciudad de Destrucción antes de emprender tu propio peregrinaje?

—Hasta que ya no pude más, porque después de tu salida se habló mucho de que nuestra ciudad dentro de poco sería destruida por cielo del fuego.

—¿Cómo! ¿Eso decían nuestros vecinos?

—Sí, y por algún tiempo ese fue el único tema de conversación.

—¿Cómo puede ser posible! ¿Y solo tú de entre todos saliste para escapar del peligro?

—Aunque hubo, como he dicho, mucho hablar del asunto, no creo que de veras lo creían. Porque en el calor de las discusiones oí que algunos vecinos se burlaban de ti y tu “viaje desesperado”, pues eso era lo que llamaban a tu peregrinaje —dijo FIEL—. Y a tu vecino FLEXIBLE, quien regresó cubierto de lodo del Pantano lo trataban con gran desdén, y lo despreciaban por renegado.

—Dime, por favor, ¿te encontraste con alguien en el Valle de la Humillación?

—Sí, me encontré con un tal DESCONTENTO, quien trató de convencerme que me volviera con él, siendo su argumento que pasar ese valle era una deshonra. Me dijo además, que irme por allí era el modo seguro de desagradar a todos mis amigos, como ORGULLO, ARROGANCIA, AMOR PROPIO Y GLORIA MUNDANAL y otros que él estaba seguro se darían por ofendidos si me atreviera yo a pasar por ese valle.

—¿Y cómo le contestaste?

—Le dije que él estaba muy equivocado, que aunque los mencionados podían llamarse parientes míos, y con razón pues son mis familiares según la carne, desde

entonces me convertí en un peregrino por lo que han renegado de mí. Yo también los rechazo a ellos así que es como si nunca hubiéramos sido parientes (Mar. 10:29-31).

—También escapé del Pantano de la Desconfianza —continuó diciendo FIEL— solo para encontrarme con una cuyo nombre es LIBERTINAJE. ¡Qué lengua adulatora tenía! Me insistía que me fuera con ella. Y al pie del collado encontré a un viejo llamado Adán el Primero, que vivía en el poblado de Engaño. Su obra, dijo, eran muchas delicias y recompensas, que debería yo ser por fin su heredero (Rom. 5:6-21). “Cásate con mis hijas: LUJURIA DE LA CARNE, LUJURIA DE LOS OJOS y ORGULLO DE LA VIDA”, me dijo (1 Juan 2:16). Pero mirando su frente vi que estaba escrito: “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:9-10). Al volverme para irme, sentí que me daba un pellizco mortal en la espalda.

La exhortación y profecía de Evangelista

Apenas hubieron salido de aquel desierto, FIEL miró atrás y vio venir a alguien.

—Oh —le dijo a su hermano— ¿quién viene?

CRISTIANO miró, y dijo:

—Es mi buen amigo EVANGELISTA.

Al llegar, dijo EVANGELISTA:

—¡La paz sea con ustedes, muy amados, y con todos vuestros ayudadores!

—Bienvenido, bienvenido, mi buen EVANGELISTA —dijo CRISTIANO.

CRISTIANO y FIEL le contaron todo lo que les había pasado, además querían que les hablara más para serles de aliento el resto del camino. Entonces EVANGELISTA comenzó de esta manera:

—Hijos míos, han escuchado ustedes las palabras de la verdad del evangelio, de que “nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis” (2 Tes. 1:4-5). Por lo tanto no pueden esperar andar mucho en su peregrinaje sin ellas, sean de una clase o de otra (Stg. 1:2-8). Ya han encontrado algo de la verdad de estas afirmaciones, e inmediatamente les siguen otras.

—Grande gozo tengo porque han sido ustedes vencedores. Pero no están aún fuera de la mira del diablo. Llegarán a una población que está muy cerca, donde los enemigos harán todo lo posible para quitarles la vida. Uno de ustedes morirá allí. ¡Recuerden comportarse como hombres y encomienden su alma a Dios! (1 Cor. 16:13). Sean fiel hasta la muerte, y el Rey les dará la corona de la vida (Stg. 1:12; Apoc. 2:10).

Feria de la Vanidad

Vi luego en mi sueño que cuando hubieron salido del desierto, llegaron pronto a un pueblo cuyo nombre era Vanidad, en el cual se celebraba una fiesta llamada Fiesta de Vanidad. Se llama así porque el pueblo es más vano que la misma vanidad, y porque todo lo que allí se vende, o que de allí proviene es vanidad. Como dijo el sabio: “Todo es vanidad” (Isa. 40:17; Ecl. 1:2, 14; 2:11, 17; 11:8).

Esta feria no es moderna, sino muy antigua. Desde hace cinco mil años hay viajeros que viajan a la Ciudad Celestial, como ahora estas dos buenas personas; y BEELZEBUB, APOLIÓN y LEGIÓN con sus compañeros, notando que el camino por el que los peregrinos viajaban pasaba por este pueblo de Vanidad, acordaron establecer esta feria durante todo el año para la venta de toda clase de vanidades. Hay, pues, en esta feria mercancías tales como casas, terrenos, oficios, empleos, honores, promociones, títulos, países, reinos, concupiscencias, placeres, deleites de todas clases —cuerpos, almas, oro, perlas, piedras preciosas y mucho más. También se pueden encontrar siempre en esta feria impostores, engañadores, juegos de azar, necios, pícaros y bribones de toda clase.

Ahora bien, como he dicho, el camino a la Ciudad Celestial pasa precisamente por el pueblo donde se celebra esta feria tan famosa, y el que quiera ir a la Ciudad Celestial sin pasar por ella, por fuerza tendría que salirse del mundo (1 Cor. 5:10). El propio Príncipe de los príncipes, cuando estuvo en el mundo, atravesó este pueblo para ir a su país, y pasó un día en la feria, y según creo, era BEELZEBUB, el dueño principal de la feria, quien le invitó en persona a comprar sus vanidades, sí, y hasta lo hubiera nombrado Señor de la feria si hubiese consentido hacerle una reverencia al pasar por el pueblo. Más aún: como era una persona de tanto honor, BEELZEBUB lo acompañó de calle en calle, y le enseñó todos los reinos del mundo en muy poco tiempo (Mat. 4:8-10), con el fin de tentar, si fuera posible, a ese Bendito, y hacerle comprar algunas de sus vanidades (Luc. 4:5-7). Por lo tanto, esta feria es muy antigua, y es una feria muy grande.

Estos peregrinos, como he dicho, tuvieron que pasar por esta feria. Pero cuando entraron a la feria hubo una conmoción a causa de ellos, porque los peregrinos vestían ropas muy diferentes a las que usaban en esa feria, y su lenguaje les era extraño pues por supuesto hablaban el idioma de Sión. Pero los que atendían la feria eran hombres de este mundo: por lo que de un extremo al otro de la feria, se veían unos a los otros como bárbaros (1 Cor. 2:7-8). Pero lo que no les causó nada de gracia a los mercaderes era que a estos peregrinos no les interesaba sus mercancías —ni siquiera las miraban. Cuando los llamaban para que compraran algo, se tapaban los oídos y exclamaban:

—Aparta mis ojos, que no vean la vanidad.

Y miraban hacia lo Alto dando a entender que sus negocios estaban en el cielo (Sal. 119:37; Fil. 3:19-20).

Cuando alguien, en tono de burla, les preguntó:

—¿Qué van a comprar?

—Compramos la verdad (Prov. 23:23) —contestaron con toda seriedad.

Ante eso, algunos se burlaban, otros los insultaban y otros incitaban a otros a pegarles. Al fin fue tan grande el tumulto que ya no hubo orden en la feria. Pronto tuvo conocimiento de ello el principal de la feria, quien apareció prestamente y mandó a algunos de sus amigos de más confianza que se llevaran a estos hombres para examinarlos. Los que los examinaron les preguntaron de dónde venían, a dónde iban y por qué vestían ropas tan raras.

Los hombres contestaron que eran peregrinos y extranjeros en el mundo, y que iban a su propia tierra, la Jerusalén Celestial (Heb. 11:13-16). Dijeron que no habían dado motivo a los del pueblo, ni a los vendedores, para que los insulten como lo habían hecho, ni para impedirles que siguieran su camino. Solo fue que cuando uno les preguntó que iban a comprar, les contestaron que solo querían comprar la verdad.

Pero los que los examinaban no creyeron que fueran más que unos lunáticos y desvariados. Por lo tanto, los azotaron y cubriéndolos de lodo, los encerraron en una jaula a fin de que fueran un espectáculo para todos los concurrentes a la feria. Allí, pues, estuvieron por un tiempo, siendo objeto de la diversión, malicia y venganza de la gente; el principal se reía de todo lo que les acontecía.

Pero la humildad y paciencia de los peregrinos les ganó varios aliados. Esto encendió la ira de otros (Rom. 12:17-21; 1 Ped. 3:9). Entonces, enfurecidos, los atacaron: contándolos tan malos como los hombres en la jaula, y diciéndoles que parecían sus compinches, y que deberían sufrir sus mismas desgracias.

Luego estos dos pobres peregrinos fueron acusados del alboroto en la feria. Los azotaron brutalmente, y los pusieron en el cepo, para morir por el mal que habían cometido y por engañar a los hombres de la feria.

Aquí recordaron lo que habían escuchado decir a su fiel amigo EVANGELISTA, y cobraron ánimo en medio de sus aflicciones, pues él se las había anunciado. También se consolaban mutuamente (1 Tes. 4:18), encomendándose a la sabia disposición de Aquel que gobierna todas las cosas, y con mucho contentamiento se quedaron en la condición en que estaban, esperando lo que sería de ellos.

El juicio de Fiel

Fueron acusados de ser enemigos del negocio de la Feria de Vanidad. El juez era ODIOS A LO BUENO. En su defensa, FIEL dijo que era un hombre de paz y que únicamente se había puesto en contra de todo lo opuesto al Señor. Cuando lo presionaron, finalmente dijo:

—¡Desafío a BEELZEBUB, el rey de ustedes y a todos sus ángeles!

Llegaron entonces tres testigos, a saber: ENVIDIA, SUPERSTICIÓN y BUSCA FAVOR, a quienes les preguntaron si conocían al reo y qué podían decir en nombre de su señor y rey en su contra.

Entonces se adelantó ENVIDIA y dijo así:

—Mi señor, conozco a este hombre desde hace mucho tiempo, y puedo afirmar bajo juramento ante este honorable tribunal, que...

Fue interrumpido por ODIO A LO BUENO quien dijo:

—¡Un momento! Pónganlo bajo juramento.

Así lo hicieron (Stg. 5:12). Y ENVIDIA continuó:

—Mi señor, este hombre, a pesar de llamarse FIEL, es uno de los más viles de nuestro país. No respeta a príncipe, a pueblo, ni a la ley ni a las costumbres, sino que hace todo cuanto puede para convencer a las personas que adopten sus ideas desleales, que él llama en general, principios de fe y santidad. Y le he oído decir que el cristianismo y las costumbres de nuestra población de Vanidad son totalmente opuestos, y que no pueden ser reconciliados. Diciendo esto, mi señor, no solo condena nuestras acciones tan loables, sino también a nosotros por realizarlas.

Luego llamaron a SUPERSTICIÓN, y le preguntaron qué podía alegar en pro de su señor y rey y en contra del acusado. Dijo:

—Mi señor, no conozco bien a este hombre, ni ganas tengo de conocerle, porque le he oído decir que nuestra religión de nada sirve y que con ella es imposible agradar a Dios. Al afirmar esto, mi señor, usted sabe muy bien lo que quiere decir, que nuestro culto es vano y que, al final, seremos condenados.

Después hicieron prestar juramento a BUSCA FAVOR, y le ordenaron decir lo que sabía en pro de su señor el rey y en contra del preso.

—Mi señor, como ustedes saben conozco a este sujeto desde hace mucho tiempo, le he oído decir cosas que no debiera, porque ha vituperado a nuestro Príncipe BEELZEBUB, y lo ha llamado a usted, mi señor, ¡un despreciable villano! Y ha hablado con desprecio de sus amigos, cuyos nombres son, el Señor VIEJO HOMBRE, el señor DELEITE CARNAL, el señor GLOTÓN, el señor DESEO DE VANAGLORIA, el anciano señor LUJURIA, el señor VORACIDAD y todos los demás de nuestra nobleza. Además, ha dicho que si fuera posible, ninguno de estos nobles estaría todavía en esta población.

Cuando hubo concluido BUSCA FAVOR, el juez le gritó a FIEL:

—¡Tú, renegado, hereje, traidor! No mereces seguir viviendo sino ser ajusticiado inmediatamente, pero para que todos vean la paciencia con que te tratamos, escucharemos lo que tú, vil apóstata, tienes que decir.

FIEL respondió lo siguiente:

—1. Digo, pues en contestación a lo que el señor ENVIDIA ha declarado, que jamás he dicho más que lo siguiente: Que cualquiera de las reglas, leyes, costumbres o personas que estén claramente en contra de la Palabra de Dios, son también claramente opuestas al cristianismo. Si me he equivocado al decir esto, convéncame de mi error y estoy pronto para retractarme aquí delante de ustedes. 2. En cuanto a la acusación del señor SUPERSTICIÓN, he dicho solo esto: que en el culto a Dios se necesita fe divina, y que no puede existir una fe divina sin una revelación divina de la voluntad de Dios. Por lo tanto, cualquier cosa que se introduzca al culto de Dios que no esté de acuerdo con la revelación divina, no puede ser más que una fe humana, fe que no será provechosa para

la vida eterna. 3. En cuanto a lo que dijo BUSCA FAVOR, respondo que el príncipe de este pueblo, con toda la chusma de asistentes que él mismo nombró, mejor estuvieran en el infierno que en esta población y este país ¡y que el Señor tenga misericordia de mí!

El juez llamó al jurado —que durante todo este tiempo había estado oyendo y observando— y dijo:

—Señores del jurado, en los días de Faraón el Grande, siervo de nuestro príncipe, con el fin de que los creyentes de una religión contraria no se multiplicasen y se hicieran demasiado fuertes, se promulgó una ley ordenando que todo infante varón fuera arrojado al río (Éxo. 1:7-22). Hubo también una ley en los días de Nabucodonosor el Grande, otro de sus siervos, que ordenaba que todo el que no se postrara para adorar a su imagen de oro, fuese arrojado a un horno de fuego (Dan. 3:1-18). También en la época de Darío fue publicado otro edicto, mandando que cualquiera que invocase a otro Dios que no fuera él mismo durante un tiempo señalado fuera arrojado al foso de los leones (Dan. 6:1-9). Ahora bien, el acusado ha quebrantado la esencia de estas leyes, no solo de pensamiento, lo cual es intolerable.

—Por lo tanto —continuó diciendo— aquí es evidente un crimen, pues disputa contra nuestra religión, y por la traición que ha confesado, merece la pena de muerte.

Con esto se retiraron los jurados para deliberar. El primero, el principal, el Sr. CEGUEDAD, dijo:

—Veo claramente que este hombre es un hereje.

Luego dijo el Sr. INÚTIL:

—¡Fuera de esta tierra con semejante sujeto!

—Sí —apoyó el Sr. MALICIA—, porque detesto hasta su aspecto.

Entonces el Sr. LASCIVIA dijo:

—Nunca lo aguanté.

—Yo tampoco —agregó el Sr. LIBERTINAJE—. Siempre me condenaba por mi manera de vivir.

—¡A lincharlo! ¡A lincharlo! —dijo el Sr. VOLUBLE.

—Es un patán, —dijo el Sr. MENTIRA.

—Un tipo lastimoso —dijo el Sr. SOBERBIA.

—Lo aborrezco —dijo el Sr. ENEMISTAD.

—Lincharlo sería demasiado bueno para él—, dijo el Sr. CRUELDAD.

—Saquémoslo ya del medio —dijo el Sr. ODIO A LA LUZ—, declarémoslo culpable de muerte.

Lo sacaron, pues, para hacer con él según la ley. Primero lo azotaron, luego lo abofetearon, le clavaron cuchillos en la carne. Después de eso lo apedrearon, lo picotearon con espadas y finalmente lo redujeron a cenizas en una hoguera. Tal fue el final de FIEL. Ahora vi que detrás de la multitud había un carruaje tirado por dos caballos esperando a FIEL quien, en cuanto sus adversarios lo hubieron ultimado, fue

recibido en él y traspasando las nubes y al son de clarines, fue llevado por el camino más directo a la Puerta Celestial.

En cuanto a CRISTIANO, tuvo un respiro y fue devuelto a la cárcel donde permaneció por un tiempo. Pero Aquel que dispone todas las cosas y tiene en su mano el poder de restringir el furor de las gentes, dispuso que CRISTIANO escapara y siguiera su camino. Y al andar cantaba:

—¡Con cuánto valor, oh FIEL, has profesado tu fe en Jesús con quien serás bendito, mientras sufra el incrédulo obstinado la pena que merece su delito! Tu nombre, por morir cual buen soldado, con letras indelebles queda escrito, y si en el mundo y para el mundo mueres, gozarás eterna vida de placeres.

Ahora vi en mi sueño que CRISTIANO no iba solo pues lo acompañaba uno de nombre ESPERANZA, (quien se había convertido por las palabras y la conducta de CRISTIANO y de FIEL en la feria). Así, uno murió por dar testimonio de la verdad, y otro se levantó para ser compañero de CRISTIANO en su peregrinaje. ESPERANZA le dijo a CRISTIANO que también había muchos otros de la feria que a su tiempo seguirían su ejemplo.

El Señor Conveniencia

Vi, pues, que al poco rato de haber salido de la feria, alcanzaron a un hombre de nombre CONVENIENCIA. Les dijo que venía de la ciudad de Buenas Palabras, y que iba a la Ciudad Celestial (pero no les dijo su nombre).

CRISTIANO le preguntó:

—¿Quiénes son tus parientes allí, si se puede saber?

—Casi todo el pueblo, pero particularmente mi señor VOLUBLE, mi señor SERVIDOR DEL TIEMPO, también el Sr. PALABRAS SUAVES, el Sr. DOS CARAS, el Sr. CUALQUIER COSA; y nuestro pastor de la parroquia, el Sr. DOS LENGUAS, hermano de mi madre por parte del papá, y mi esposa es una mujer muy virtuosa, hija de una mujer virtuosa. Es hija de la Dama FINGIDA, por lo tanto, pertenece a una familia muy digna. Es cierto que en asuntos de religión diferimos algo de los que son más escrupulosos, pero es solo en dos puntos: primero, nunca luchamos contra corriente; segundo, siempre somos más consagrados cuando la religión anda en sandalias de plata, nos gusta mucho andar con ella en la calle cuando brilla el sol y todos la aplauden.

Entonces CRISTIANO se acercó a su compañero ESPERANZA, y le dijo:

—Creo que este es un tal CONVENIENCIA, natural de BUENAS PALABRAS; y si es él, estamos en compañía del pícaro más grande de esta comarca.

—Pregúntale, no creo que se avergüence de su nombre.

CRISTIANO se apuró para volver a alcanzarlo y le preguntó:

—Señor, ¿No es usted CONVENIENCIA, del pueblo de BUENAS PALABRAS?

—Ese es mi sobrenombre, porque siempre he tenido la suerte de que mis opiniones hayan coincido con las de la actualidad.

—Estaba yo en lo cierto de que usted era el hombre del que había oído hablar, y a decir verdad, me temo que este nombre le queda mejor de lo que usted piensa.

—Pues, si eso es lo que usted se imagina, no puedo remediarlo. Encontrarán ustedes que soy buena compañía si es que me dejan acompañarlos.

—Si va con nosotros, tiene que ir contra viento y marea, lo cual, según veo, es en contra de su manera de ser. También tendrá que seguir la religión lo mismo cuando ande en hilachas que cuando ande en sandalias de oro; y tendrá que acompañarla lo mismo cuando ande encadenada que cuando pase por las calles en medio de aplausos.

—No traten de imponerse ni de cuestionar mi fe, déjenme mi libertad e iré con ustedes (Gál. 5:13).

—Ni un paso más si no hace todo como nosotros.

Entonces concluyó CONVENIENCIA:

—Jamás cambiaré mis viejos principios, siendo que no son dañinos sino provechosos. Si no me dejan ir con ustedes, tendré que ir solo hasta encontrarme con alguien a quien le agrade mi compañía.

Los compañeros de Conveniencia

Luego vi en mi sueño que CRISTIANO y ESPERANZA lo dejaron y anduvieron adelante de él a buena distancia; pero uno de ellos, mirando atrás, vio a tres hombres que venían siguiendo a CONVENIENCIA, y cuando se le acercaron, este les hizo una profunda reverencia, a la cual correspondieron ellos. Los nombres de los hombres eran APEGO AL MUNDO, AMOR AL DINERO y CODICIA, y se habían conocido en el pasado pues habían sido compañeros de escuela en el pueblo de DESEO DE GANANCIAS, y habían aprendido a la perfección el arte de *obtener*, ya por fraude, adulación, mentira o por hacerse los religiosos.

Cuando, como dije, se saludaron, AMOR AL DINERO le preguntó a CONVENIENCIA, porque podían ver a CRISTIANO y ESPERANZA:

—¿Quiénes son aquellos que van adelante?

—Son un par que vienen de tierras lejanas y que están haciendo el mismo peregrinaje.

Entonces preguntó AMOR AL DINERO:

—¿Y por qué no nos esperan, para que disfrutemos de su buena compañía, porque ellos, nosotros y usted, espero, estamos haciendo el mismo peregrinaje?

—Sí, pero estos hombres son tan rígidos —respondió CONVENIENCIA— y aman tanto sus propias nociones y estiman tan poco las opiniones de los demás, que aun si son piadosos, si no coinciden con ellos en todo, se niegan a andar con ellos.

—Eso es malo —dijo CODICIA— pero leemos de algunos que son demasiado justos, y la rigidez de ellos los hace juzgar y condenar a todos, menos a sí mismos. Pero, ¿cuántos y cuáles eran los puntos en que ustedes diferían?

CONVENIENCIA les explicó:

—Ellos creen que es su deber proseguir el camino no importa cómo esté el tiempo, mientras que yo espero viento y marea favorables; ellos se mantienen firmes no importa los riesgos, yo prefiero no arriesgarme. Ellos están dispuestos a perderlo todo por el Señor, yo creo en aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mis propiedades. Ellos andan en su religión aun cuando esta anda en harapos y es despreciada, en cambio yo estoy de acuerdo con ella mientras se pasea en sandalias de plata en el sol y está rodeada de aplausos.

APEGO AL MUNDO agregó:

—Y tiene usted razón, pues, por mi parte, me parece que es un necio el que teniendo la libertad de conservar lo que tiene, es tan tonto que está dispuesto a perderlo. Seamos astutos como serpientes. En lo que a mí toca, prefiero aquella religión regida por la razón: ya que Dios nos ha brindado las cosas buenas de la vida, su voluntad es que las conservemos. Abraham y Salomón se hicieron ricos siendo religiosos. Y Job dice que el hombre bueno amontonará el oro como polvo; pero aquellos hombres que van adelante no piensan así, si son como usted los describe.

—Creo que todos estamos de acuerdo en esto, así que no necesitamos seguir hablando del asunto —dijo CODICIA.

Dijo AMOR AL DINERO:

—No, no hay razón para seguir hablando de esto, porque el que no cree en las Escrituras ni en la razón (y ya ven que tenemos a los dos de nuestro lado), no conoce su propia libertad ni busca su propia seguridad.

Entonces preguntó CONVENIENCIA:

—Como ven, hermanos, estamos todos en un peregrinaje. Permítanme proponerles el siguiente caso: Supongamos que un mercader tuviera la oportunidad de obtener las buenas bendiciones de esta vida. Y si no pudiera obtenerlas por ningún medio excepto — por lo menos aparentemente— que se hiciera extraordinariamente celoso sobre algunos puntos de la religión, que nunca había pensado antes, ¿no podría acaso usar este medio para obtener este fin, y aun así ser un hombre muy sincero?

—¿Acaso un pastor —dijo AMOR AL DINERO— no conseguiría vivir mejor alterando sus principios, o un mercader por hacerse religioso? Además, el hombre que obtiene esto por hacerse religioso, consigue aquello que es bueno. Por la tanto, hacerse religioso, a fin de conseguir todo esto, es un designio bueno y provechoso.

La respuesta de AMOR AL DINERO a la pregunta de CONVENIENCIA fue aplaudida por todos, por lo que acordaron que, en general, era sumamente sana y ventajosa. Y porque, según creían, nadie podría contradecirles, y porque CRISTIANO y ESPERANZA estaban todavía a poca distancia, acordaron acercarse a ellos y hacerles la pregunta, especialmente porque se habían opuesto antes a CONVENIENCIA.

Cristiano le responde a Apego al Mundo

Así que alcanzaron a los otros dos y después de un breve saludo, APEGO AL MUNDO les propuso la pregunta a CRISTIANO y su compañero, y les pidió que contestaran, si es que podían.

CRISTIANO tuvo una respuesta para darles:

—Aun un niño en la fe puede contestar esa pregunta, porque si fue ilícito seguir a Cristo por unos panes (Juan 6:1-4, 22-71), ¡cuánto más abominable es hacer de Cristo y de la religión el medio de conseguir y disfrutar de las cosas del mundo! En verdad, solos los paganos, hipócritas, demonios y hechiceros piensan de esa manera. 1. Los fariseos hipócritas también eran de esta religión; pretendían elevar largas oraciones, pero su intento era quitarle sus casas a las viudas y con esto recibían mayor condenación de Dios (Luc. 20:46-47). 2. Judas era de esa religión; era piadoso por la bolsa y lo que en ella se echaba, pero se perdió, fue echado fuera y considerado como verdadero hijo de perdición (Juan 12:6). 3. Simón el mago también practicaba esta religión, porque quería tener el Espíritu Santo a fin de ganar más dinero y obtuvo de boca Pedro la respuesta que le correspondía (Hech. 8:19-22).

Siguió diciendo CRISTIANO:

—El hombre que adopta la religión por el mundo también descartará a la religión por el mundo. Porque tan cierto como Judas anhelaba el mundo al hacerse religioso, tan cierto fue que también vendió su religión y su Maestro por la misma razón. Responder a tu pregunta con un “sí”, como veo lo han hecho ustedes, y aceptar como auténtica a dicha respuesta es pagano, hipócrita y diabólico, y la recompensa de ustedes será de acuerdo con sus obras (Gál. 6:7-8).

Entonces se miraron unos a otros, sin tener palabra que decirle a CRISTIANO. ESPERANZA estuvo de acuerdo con la respuesta de su compañero. Hubo, pues, un gran silencio entre ellos. CONVENIENCIA y sus compañeros tambalearon y se quedaron atrás, dejando que CRISTIANO y ESPERANZA se les adelantaran. CRISTIANO le comentó a su compañero:

—Si estos hombres no pueden mantenerse en pie ante la sentencia del hombre, ¿qué harán cuando oigan la sentencia de Dios? Si enmudecen ante vasijas de barro, ¿qué harán cuando sean reprendidos por las llamas de un fuego devorador?

Demas

Luego CRISTIANO y ESPERANZA siguieron hasta llegar a un lindo llano llamado Alivio, donde anduvieron con mucho contentamiento; pero la llanura era angosta y no tardaron en atravesarla. Al otro lado del llano había un cerro llamado Lucro, y en este una mina de plata, donde varios que anteriormente habían pasado por este camino, se habían acercado impulsados por la curiosidad de ver la rareza del camino. Pero aventurándose demasiado cerca del hoyo donde el terreno no era firme, este cedió, y

ellos, cayendo, perecieron. Otros también allí habían recibido heridas, quedando lisiados para toda la vida.

Vi luego en mi sueño que a poca distancia del camino, frente a la mina de plata, estaba DEMAS (vestido de caballero) que llamaba a los que pasaban a que se acercaran a ver, y dijo a CRISTIANO y a su compañero:

—¡Hola! Acérquense y les mostraré una cosa (2 Tim. 4:10).

—¿Qué cosa puede haber que valga la pena desviarnos del camino para verla?

—Aquí hay una mina de plata, y en ella hay unos hombres cavando para sacar tesoros, si vienen, con un poco de empeño pueden hacerse ricos.

—Vamos a verla —dijo ESPERANZA.

—Yo no —dijo CRISTIANO—, no nos desviemos ni un paso, sino que permanezcamos en nuestro camino. Te aseguro que cuando llegue CONVENIENCIA, si recibe la misma invitación que nosotros, de seguro la acepta. De hecho, no me cabe duda, porque sus principios lo llevarán por ese camino y apuesto cien por uno que allí morirá.

Para entonces llegaron CONVENIENCIA y sus compañeros, y a la primera señal que les hizo DEMAS allí se fueron. Si se cayeron en el hoyo por mirar adentro, si bajaron a trabajar o se sofocaron en el fondo por el miasma que generalmente hay allí, no lo sé, pero esto sé: que no volvimos a verlos en el camino. CRISTIANO irrumpió en una canción que decía:

—*CONVENIENCIA y DEMAS se pusieron de acuerdo: el uno llama y el otro corre a participar de su lucro. Se entretienen en este mundo y no piensan en el más allá.*

El río de Dios y la Pradera de la Vereda

En su camino se encontraron de pronto en la ribera de un río agradable que David llamó “Río de Dios” (Sal. 65:7). CRISTIANO y su compañero caminaron hasta allí con gran regocijo. Bebieron del agua, que les reanimó el espíritu. Del otro lado había verdes árboles con toda clase de frutas, y hojas medicinales, también una pradera con hermosos lirios, donde se acostaron a dormir. Durante varios días hicieron lo mismo. Luego cantaron y partieron. No se habían alejado mucho, antes de que el río y el camino se separaran. Lo cual sintieron mucho, pero no se atrevieron a dejar el camino, aunque el camino se puso difícil.

Los peregrinos tenían los pies muy doloridos a causa de sus jornadas. ¡Cuánto hubieran deseado un camino más fácil! (Núm. 21:4). Un poco más adelante, a la izquierda del camino, había una pradera llamada Pradera de la Vereda, a la cual se entraba subiendo por unos escalones de madera que cruzaban por encima de una cerca. Entonces dijo CRISTIANO a su compañero:

—Si esta pradera sigue al costado del camino, vayamos por ella.

Subió, en efecto, los escalones para fijarse, y había una vereda al otro lado de la cerca que parecía seguir la dirección del camino.

—Es tal como lo deseaba —dijo CRISTIANO—, por aquí es más fácil andar; ven amigo ESPERANZA, pasemos al otro lado.

—Pero, ¿y si esta vereda nos descarría?

—No es probable —fue la respuesta—, mira, ¿ves que corre al lado del camino?

Entonces ESPERANZA, convencido por estas palabras, le siguió y cruzaron la cerca. Una vez que iban por la vereda, se encontraron que, efectivamente, era muy descansada para sus pies, y más adelante vieron a un hombre andando en la misma dirección, cuyo nombre era VANA CONFIANZA. Pero llegó la noche y se oscureció tanto que los peregrinos perdieron de vista al que iba delante.

No pudiendo distinguir bien el camino, VANA CONFIANZA cayó en un hoyo profundo (Isa. 9:16) —cavado a propósito por el príncipe de aquellos terrenos con el fin de atrapar a necios vanagloriosos— y se hizo añicos al caer.

CRISTIANO y su compañero lo oyeron caer, y se acercaron para preguntarle qué le había sucedido, pero nadie contestó: solo oyeron lastimosos gemidos. Entonces preguntó ESPERANZA:

—Y ahora, ¿dónde estamos?

Su compañero guardó silencio, pues ya sospechaba que se habían desviado del camino. Luego empezó a llover, tronar y relampaguear de una manera espantosa, y de pronto empezó a inundarse la pradera.

Con esto ESPERANZA exclamó:

—¡Ay de mí, debí haber seguido por mi camino!

—¿Quién se hubiera imaginado que por esta vereda nos íbamos a extraviar?

—Lo temí desde el principio, y por eso te recomendé cautela. Hubiera hablado con más claridad, pero tú eres mayor que yo.

—No nos quedemos sin hacer nada, tratemos de volver al camino.

Ya las aguas habían crecido mucho, y tratar de volver era muy peligroso. (Entonces pensé que siempre es más fácil salirse del camino cuando estamos en él, que volver a él cuando estamos fuera de él). No obstante, intentaron regresar; pero era tanta la oscuridad y tanta la inundación que, unas nueve o diez veces, corrieron el peligro de ahogarse.

El Castillo de las Dudas y el Gigante Desesperación

En toda la noche no pudieron hallar los escalones de la cerca. Habiendo encontrado, por fin, un lugarcito abrigado, se sentaron allí a esperar hasta que amaneciera, pero se quedaron dormidos. Ahora bien, no muy lejos del lugar donde dormían había un castillo llamado el CASTILLO DE LAS DUDAS. Su dueño era el GIGANTE DESESPERACIÓN, a quien pertenecían también los terrenos donde dormían. Este, levantándose muy de mañana, salió a pasearse por sus propiedades y encontró a CRISTIANO y ESPERANZA dormidos en sus terrenos. Con una voz ronca y enojada los despertó y preguntó de dónde

venían y que hacían en sus dominios. Le contestaron que eran peregrinos y que se habían extraviado.

—Han entrado a mis terrenos sin autorización —dijo el gigante—, así que ahora vénganse conmigo.

Se vieron, pues, obligados a ir porque este era más fuerte que ellos. Tampoco podían decir mucho, pues se sabían culpables. Por lo tanto, el gigante los hizo ir delante de él, y los llevó al castillo, poniéndolos en un calabozo muy oscuro, que al espíritu de los dos hombres le resultó sucio y repugnante (Sal. 88:18). Allí permanecieron desde la mañana del miércoles hasta la noche del sábado, sin una migaja de pan ni una gota de agua. Su estado era lamentable, lejos de amigos y conocidos. CRISTIANO sentía doble tristeza, porque por su imprudencia estaban pasando este sufrimiento.

El GIGANTE DESESPERACIÓN tenía una esposa llamada DESCONFIANZA, y cuando se fueron a acostar, le contó lo que había hecho. Ella le preguntó quiénes eran ellos, de dónde venían y si los tenía amarrados, y él le contó. Entonces ella le aconsejó que a la mañana siguiente los apalease sin piedad. En efecto, cuando este se levantó tomó una terrible garrote, y bajando al calabozo, comenzó a tratarlos como perros, aunque ellos no le habían dado en ningún momento motivo para ello. Se les fue encima y dio una golpiza tan terrible que ya no podían ni moverse. Hecho esto, se retiró. Todo aquel día no fue más que de sufrimiento y llanto.

La noche siguiente, DESCONFIANZA le dijo a su esposo que debían aconsejarles que pusiesen fin a su vida. Cuando amaneció, pues, fue a donde ellos estaban, con el modo contrariado de antes, y les dijo que ya que jamás saldrían de ese lugar, más les valdría suicidarse, fuera con cuchillo, reata o veneno.

—Porque —les dijo— ¿cómo es posible que quieran una vida tan llena de amarguras?

Pero ellos le rogaron que los dejara ir. Con esto, les lanzó una mirada furiosa, y arremetió contra ellos de manera que habría sido su final si no hubiera sido por un ataque que le dio, como siempre le daban en tiempo de calor. El ataque lo privó del uso de las manos. Por esa razón se vio obligado a retirarse y dejarlos solos. Entonces empezaron a conversar.

—Hermano, —dijo CRISTIANO— ¿qué haremos? Esta vida es de puro sufrimiento. Por mi parte, no sé si es mejor seguir así o morir de una vez. “Mi alma [prefiere] la estrangulación” a vivir de esta manera (Job 7:15), y el sepulcro preferible a este calabozo. ¿Seguiremos el consejo del gigante?

ESPERANZA tuvo palabras de aliento para CRISTIANO:

—¡Qué valiente has sido! Tengamos un poco más de paciencia. Es cierto que nuestro estado actual es horrible, y para mí la muerte sería mucho más preferible que vivir siempre así; pero consideremos que el Señor del país a donde nos dirigimos ha dicho: “No matarás”, y si eso es así con respecto a otros, mucho menos podemos seguir el consejo de matarnos a nosotros mismos. Además, hermano, hablamos del descanso en el

sepulcro pero ¿has olvidado a dónde van los que matan? Porque ningún “homicida tiene vida eterna” (1 Juan 3:15).

Con estas palabras ESPERANZA logró calmar a su hermano, y siguieron juntos aquel día (en la oscuridad), en su triste y lastimosa condición.

Llegada la noche, cuando el Gigante y su mujer se retiraron a descansar, ella le preguntó si los reos habían seguido su consejo, a lo cual él contestó:

—Son tipos fuertes, prefieren aguantar los sufrimientos que quitarse la vida.

Ella respondió:

—Llévalos mañana al patio del palacio, y muéstrales los huesos y calaveras de los que ya has despachado; y diles que para el fin de semana los destrozará, como lo has hecho antes con sus hermanos.

Llegada, pues la mañana, Gigante volvió y los llevó al patio del castillo, mostrándoles lo que su esposa le había indicado.

—Estos —dijo—, eran peregrinos como ustedes y entraron en mi propiedad sin autorización, como lo hicieron ustedes, y cuando quise los despedacé; por lo tanto, dentro de diez días haré lo mismo con ustedes: ¡Vamos, vuelvan a su calabozo!

Y con estos los llevó de vuelta dándoles golpes durante todo el trayecto. Fue así que los peregrinos pasaron todo el sábado en las mismas lamentables condiciones, como antes.

A eso de la medianoche, empezaron a orar, y siguieron en oración hasta el amanecer. Y aconteció que un poco antes de rayar el alba, CRISTIANO de repente exclamó como sorprendido:

—¡Qué necio soy! ¡Permanecer en este horrible calabozo, cuando pudiera estar en plena libertad! Tengo guardada en mi pecho una llave llamada Promesa, que estoy seguro abrirá cualquier cerradura en este castillo.

—¡Qué buena noticia, hermano! Sácala y probemos.

CRISTIANO así lo hizo y empezó a probarla en la puerta del calabozo, cuya cerradura cedió cuando hizo girar la llave. La puerta se abrió con facilidad, y CRISTIANO y ESPERANZA salieron. Luego CRISTIANO se acercó a la puerta exterior que daba al patio del castillo. También la abrió con la misma llave. Después se dirigieron a la puerta de hierro, puesto que también era preciso abrirla; el candado era muy fuerte; sin embargo, lo llave lo abrió. Empujaron la puerta para abrirla y escaparse inmediatamente, pero esta rechinó tanto que despertó al GIGANTE DESESPERACIÓN, quien levantándose violentamente para ir tras los prisioneros, sintió que le temblaban las piernas, y volvió a darle uno de sus ataques, de modo que no pudo ir tras los peregrinos. Estos siguieron y pronto llegaron de vuelta al camino del Rey donde estaban seguros porque se encontraban fuera de la jurisdicción del gigante.

Luego que pasaron los escalones de madera, convinieron erigir un pilar y grabar en él estas palabras: “Pasando estos escalones está el camino al Castillo de las Dudas, cuyo dueño es el GIGANTE DESESPERACIÓN quien aborrece al Rey de la Patria Celestial y

busca destruir a sus santos peregrinos”. Fue así que muchos pasaron por allí después, leyeron el letrero y escaparon del peligro.

Las Montañas de las Delicias

Avanzaron, entonces, hasta llegar a las Montañas de las Delicias, que pertenecen al Señor del Collado, que ya hemos mencionado. Subieron las montañas hacia los jardines y huertas, los viñedos y los manantiales de agua, donde también bebieron, se bañaron y comieron todo lo quisieron. Había en las cumbres de estas montañas pastores apacentando sus rebaños cerca del camino real. Los peregrinos se acercaron a ellos, y apoyándose en sus cayados (como siempre hacen los viajeros cansados cuando se detienen a conversar con alguno en el camino), les preguntaron:

—¿De quién son estas Montañas de las Delicias y las ovejas que aquí se apacientan?

—Son Tierras de Emmanuel, y desde ellas se ve la Ciudad de él; y las ovejas son también de él ya que dio su vida por ellas (Juan 10:11).

—¿Qué distancia hay de aquí hasta allá?

—Demasiada para los que no han de llegar —respondieron los pastores.

—¿El camino es seguro o peligroso? —preguntó CRISTIANO.

Los pastores, cuyos nombres eran SABIDURÍA, EXPERIENCIA, VIGILANCIA y SINCERIDAD, los tomaron de la mano y los llevaron a sus tiendas, y les hicieron comer de lo que ya había preparado. Luego se dijeron los pastores entre sí:

—Mostrémosles a los peregrinos las puertas de la Ciudad Celestial, a ver si pueden divisarla a través de nuestro telescopio.

Los peregrinos aceptaron con cariño la oferta, por lo que los llevaron a la cima de un cerro alto, llamado Claro, y allí le dieron el telescopio para que mirasen. Les pareció ver algo como una puerta, y también algo de la gloria del lugar.

Cuando se disponían a partir, uno de los pastores les dio una nota acerca del camino, otro les advirtió que tuvieran cuidado con Adulador; el tercero les recomendó que no fueran a dormirse sobre el suelo encantado y el cuarto les deseó que Dios los acompañara.

Ignorancia de Engreimiento

Y vi a estos dos peregrinos bajando las montañas por el camino hacia la Ciudad. Un poco más abajo de estas montañas, del lado izquierdo, se encuentra el país de Engreimiento, desde el cual llega un sendero pequeño y torcido al camino en que caminaban los peregrinos. Aquí se encontraron con un muchacho con mucha energía que venía de aquel país, y se llamaba IGNORANCIA. CRISTIANO le preguntó de dónde venía y a dónde iba.

—Señor, nací en el país que queda un poquito a la izquierda, y voy a la Ciudad Celestial.

—Pero, ¿cómo crees que vas a entrar por esa puerta, sin encontrarte allí con dificultades?

—Tal como lo hacen otras buenas gentes —fue la respuesta.

—Pero, ¿qué pase tienes para mostrar a esa puerta que cause que quieran abrirte la puerta?

—Sé que mi Señor me dejará pasar, y he sido bueno toda mi vida: le pago a cada uno lo que le debo, oro, ayuno, pago los diezmos, doy limosnas y he dejado mi país para ir a donde voy (Luc. 18:9-14).

—Pero no entraste por la puerta de hierro a la entrada de este camino. Viniste por aquel sendero torcido. Me temo, entonces, que a pesar de lo que pienses de ti mismo, cuando llegue el día de rendir cuentas, te acusarán de ser ladrón y robador, en lugar de conseguir entrada a la Ciudad (Juan 10:1).

—Caballeros, ustedes me son totalmente extraños, no los conozco, conténtense con seguir la religión de su país y yo seguiré la religión de la mía. Espero que todo termine bien. En cuanto a la puerta de la cual habla, tenemos, como pueden ver, un verde sendero muy agradable, que baja directamente de nuestro país.

Cuando CRISTIANO vio que el hombre era sabio en su propia opinión, le susurró a ESPERANZA:

—Más esperanza hay del necio que de él (Prov. 26:2) —y agregó— “Y aun mientras va el necio por el camino, le falta cordura, y va diciendo a todos que es necio” (Ecl. 10:3).

Luego dijo ESPERANZA:

—Sigamos adelante, y dejemos de hablar con él.

Así que los dos siguieron adelante, e IGNORANCIA venía detrás.

El Lisonjeador

Así siguieron su camino hasta llegar a un punto donde había una bifurcación en el camino, de modo que aquí no sabían los peregrinos cuál de los dos seguir, porque ambos parecían igualmente derechos; entonces se detuvieron para pensar. Y mientras pensaban, he aquí que se acercó a ellos un hombre cubierto de una túnica blanca, y les preguntó qué hacían allí parados. Contestaron que iban a la Ciudad Celestial, pero no sabían cuál camino tomar.

—Síguenme —dijo el hombre— pues para allá mismo voy yo.

Lo siguieron, pues, por el camino que poco a poco se iba desviando de la Ciudad adonde deseaban ir, tanto que al rato se encontraban de espaldas a la ciudad; no obstante, continuaban siguiéndolo. Pero al poco rato, antes que se dieran cuenta, los había llevado dentro del espacio de una red, en la cual se enredaron ambos sin saber qué hacer. En esto la túnica blanca (2 Cor. 11:13-15) cayó de las espaldas del hombre (negro por el pecado), y se dieron cuenta dónde estaban. Allí se quedaron llorando por un tiempo, porque no podían salir sin ayuda (Mat. 7:15).

Entonces le dijo CRISTIANO a su compañero:

—Veo que nos hemos equivocado. ¿Acaso no nos advirtieron los pastores que nos cuidáramos de los aduladores? Descubrimos hoy que lo que dijo el sabio es cierto: “El hombre que lisonjea a su prójimo, red tiende delante de sus pasos” (Prov. 29:5).

—También nos dieron instrucciones tocantes al camino, pero hemos olvidado leerlas, y no nos hemos guardado del camino del destructor (Sal. 29:5).

Así permanecieron en la red lamentándose, hasta que divisaron a un ser resplandeciente que se les acercaba con látigo de pequeños cordeles en la mano. En cuanto llegó, les preguntó de dónde venían y qué hacían allí. Le contestaron que eran unos pobres peregrinos que caminaban a Sión, pero que fueron desviados por un hombre vestido de blanco, quien les dijo que lo siguieran, diciendo que él también iba para allá.

—Ese es LISONJEADOR, falso apóstol transformado en ángel de luz (Prov. 29:5; Dan. 11:32).

Diciendo esto, rompió la red dejando salir a los peregrinos. Y agregó:

—Sígueme, para que pueda volver a ponerlos en su camino.

Los condujo hasta el camino real. Luego les preguntó:

—¿Dónde posaron anoche?

—Con los pastores de las Montañas de las Delicias —respondieron.

Les preguntó también si no habían recibido una nota con instrucciones para el camino. Contestaron:

—Sí.

—Pero cuando se detuvieron, ¿no sacaron la nota para leerla?

—No.

—¿Por qué?

Dijeron que la habían olvidado. Además les preguntó si los pastores no les habían advertido acerca de LISONJEADOR.

—Sí —dijeron— pero no nos imaginábamos que pudiera ser un señor con palabras tan suaves (Rom. 16:18).

Luego vi en mi sueño que los mandó acostarse en el suelo, y los castigó muy severamente, para enseñarles el buen camino por donde debían andar (2 Cró. 6:26-27). Y mientras los castigaba, les decía:

—Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete (Apoc. 3:19; Heb. 12:5-11). Hecho esto, les mandó seguir su camino y atender con mucho cuidado las demás instrucciones de los pastores. Entonces ellos le dieron las gracias por su bondad, y se fueron a paso medido por el camino correcto.

Ateo

Habiendo pasado un tiempo, los peregrinos divisaron a lo lejos un hombre que venía a su encuentro, andaba solo y a paso lento. Entonces dijo CRISTIANO:

—Veo un hombre que viene hacia nosotros, de espaldas a Sión.

—Yo también lo veo, tengamos cuidado porque puede ser otro lisonjeador —dijo ESPERANZA.

El hombre se fue acercando más y más hasta que al fin llegó donde estaban ellos. Se llamaba ATEO, y les preguntó a dónde iban.

—Vamos al Monte Sión —dijo CRISTIANO.

ATEO comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Por qué te ríes? —preguntó CRISTIANO.

—Me da risa ver personas ignorantes como ustedes, que se toman la molestia de un viaje tan difícil, al final del cual no hallarán más que cansancio como recompensa por sus esfuerzos.

—¡Cómo, hombre! ¿Crees tú que no nos han de recibir? —preguntó CRISTIANO.

—¡Recibir! *No existe ningún lugar* en este mundo como el que sueñan.

—Pero lo hay en el mundo venidero.

—Cuando me encontraba en mi casa, en mi propia tierra, oí hablar de ese lugar. Salí a buscarlo, y he estado buscando pero no he encontrado nada (y lo hubiera encontrado, si es que hubiera existido, porque lo he buscado más lejos que ustedes). Ahora regreso al lugar de donde vine, y me deleito con las cosas que antes había dejado con la esperanza de encontrar este otro lugar que no existe.

Entonces CRISTIANO le preguntó a ESPERANZA:

—¿Será cierto lo que dice este señor?

—Ten cuidado, es uno de los lisonjeros; recuerda lo que ya nos pasó una vez por prestar atención a esta clase de señores. ¿Que no existe el Monte Sion? ¿Acaso no vimos la Ciudad desde las Montañas de las Delicias? Además, ¿no debemos andar ahora por fe? Sigamos adelante, para que no nos vuelva a alcanzar el látigo. Dejemos de escucharlos, y creamos para salvación de nuestra alma (Prov. 19:27; Heb. 10:39).

Con esto, dejaron al hombre, quien riéndose de ellos, se fue por su camino.

El País Encantado

Vi luego en mi sueño que siguieron hasta llegar a cierto país cuyo clima tenía la propiedad de darle modorra a todo el que entraba en él. ESPERANZA comenzó a sentirse soñoliento, por lo cual le dijo a CRISTIANO:

—Tengo tanto sueño que apenas puedo mantener abiertos los ojos; acostémonos, pues, y durmamos un rato.

—De ninguna manera, no sea que durmiéndonos, no volvamos a despertar.

—¿Por qué, hermano? El sueño es agradable para el hombre trabajador, nos sentiremos descansados si nos tomamos una siesta.

—Recuerda que uno de los pastores nos mandó que nos cuidáramos del País Encantado. Con eso nos quiso dar a entender que no debíamos dormirnos en él. Por lo

tanto, no lo hagamos como lo hacen otros; más bien velemos y seamos sobrios (1 Tes. 5:6).

Respondió ESPERANZA:

—Confieso que no tengo razón, y si hubiera estado aquí solo habría estado en peligro de muerte. Veo que es cierto el dicho del sabio: “Mejor son dos que uno” (Ecl. 4:9). Hasta aquí tu compañía ha sido una bendición; y serás recompensado por tu labor.

—Pues, para evitar el sueño, conversemos de algo interesante —sugirió CRISTIANO.

—¿Por dónde empezaremos?

—Por donde Dios empezó con nosotros. Pero empieza tú, por favor.

—¿Te refieres a la primera vez que empecé a cuidar el bien de mi alma?

—Sí, a eso me refiero.

Recuerdos de Fiel (Esperanza narra su conversión)

Dijo ESPERANZA:

—Bueno, no sabía qué hacer así que hablé con FIEL, pues él y yo nos conocíamos bien. Pensé: “Si un hombre se endeuda, pero después va pagando los gastos en que va incurriendo, todavía le queda la deuda vieja. Con mis pecados estoy en deuda con Dios, pero reformarme ahora no la saldaré. Me dijo él que a menos que obtuviera justicia de un HOMBRE que nunca hubiera pecado, ni mi propia justicia ni toda la justicia del mundo podía salvarme. El Señor Jesucristo es el Dios todopoderoso que murió por mí, él es a quien le son imputados (cargados a mi cuenta) si creo en él.

—¿Y a esto qué te respondió FIEL?

—Me rogó que acudiera al Señor Jesús. Entonces le dije que eso sería presumir, pero él me respondió que no, porque yo estaba invitado a acudir a él (Mat. 11:28). Luego me regaló un libro sobre las imputaciones de Cristo, para animarme a acudir libremente, y dijo concerniente a ese libro que cada tilde y cada jota en él era una realidad más firme que el cielo y la tierra (Mat. 24:35). Entonces le pregunté qué debía hacer cuando acudiera y me dio la respuesta. Me dijo que debía ponerme de rodillas, y pedir de todo corazón y con toda el alma, que el Padre me lo revelara (Sal. 95:6; Dan. 6:10; Jer. 29:12-13). Entonces le siguió preguntando: “¿Cómo debe ser mi súplica?” y me dijo: “Vé, y lo encontrarás en su Trono de Gracia donde permanece siempre para perdonar a todos los que vienen a él” (Éxo. 25:22; Lev. 16:2; Núm. 7:89; Heb. 4:16).

Siguió contando ESPERANZA:

—Le dije que no sabía qué decirle al venir a él. Me recomendó que dijera algo como: “Dios, sé propicio a mí pecador, y hazme conocer y creer en Jesucristo, porque veo que de no ser por su justicia, o si no tuviera yo fe en esa justicia, estoy perdido. Señor, he oído que eres un Dios misericordioso, y que has ordenado que tu Hijo Jesucristo fuera el Salvador del mundo, y además, que estás dispuesto a que sea Salvador de un pobre pecador como lo soy yo (y sí que soy pecador). Señor, magnifica ahora tu gracia en la salvación de mi alma, por medio de tu Hijo Jesucristo, Amén”. Y eso oré de todo corazón.

—¿Te reveló el Padre a su Hijo?

—No a mi vista, pero sí a mi entendimiento. Un día me pareció ver al Señor Jesús. Me miró y dijo: “Bástate mi gracia” (2 Cor. 12:9; Isa. 55:11). La hermosura de Jesús me impulsó querer vivir una vida santa y anhelo luchar por él.

Dijo CRISTIANO:

—Ciertamente fue esta una revelación de Cristo a tu alma.

Otra vez Ignorancia

Vi, entonces en mi sueño, que ESPERANZA miró hacia atrás y vio que les seguía IGNORANCIA, a quien habían dejado atrás.

—Mira —le dijo a CRISTIANO— qué atrasado viene el muchacho.

—Sí, lo veo; no le interesa nuestra compañía.

—Creo que tienes razón, pero de igual manera, esperémoslo —dijo ESPERANZA.

Y eso fue lo que hicieron.

Entonces CRISTIANO le dijo a IGNORANCIA:

—Vamos, hombre, ¿por qué te quedas tan atrás?

—Me encanta caminar solo, mucho más que caminar acompañado.

—Dinos, ¿cómo están Dios y tu alma ahora? —preguntó CRISTIANO.

—Espero que bien —dijo IGNORANCIA— me lo dice el corazón. Porque estoy lleno de buenos pensamientos que me vienen a la mente para reconfortarme al caminar.

—Eso puede ser engañoso, porque el corazón del hombre lo reconforta con la esperanza de lograr aquello que no tiene razón para lograr.

—Pero mi corazón y mi vida concuerdan, así que espero que mi esperanza sea bien fundada. El corazón me dice que es así.

—A menos que la Palabra de Dios sea testigo de ello, cualquier otro testimonio carece de valor. Déjame explicarte, la Palabra de Dios dice: “No hay justo, ni aun uno”. También dice: “El intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (*ver* Rom. 3:10, 12, 23, 8:6; Gén. 6:5, 8:21). Ahora bien, cuando pensamos esto de nosotros mismos, entonces son pensamientos buenos, porque coinciden con la Palabra de Dios.

—Jamás creeré que mi corazón sea tan malo —respondió IGNORANCIA.

—La Palabra de Dios dice que los caminos del hombre son perversos por naturaleza. Pero cuando el hombre piensa sensatamente en sus propios caminos, su corazón acepta humildemente ese juicio (Sal. 125:5; Prov. 2:15; Rom. 3:9-18). Dios nos conoce mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos.

Pero IGNORANCIA insistió que Dios lo aceptaría porque cumplía sus deberes religiosos.

CRISTIANO, recordando su propia experiencia ante la Cruz, contestó:

—No son tus acciones, sino que tu corazón tiene que ser conquistado por Dios. Esta fe tuya es engañosa, y te dejará a merced de la ira en el Día del Dios todopoderoso.

Porque la fe que realmente justifica (cuando es sensible a su condición perdida por la ley) hace que el alma vuele buscando refugio en la justicia de Cristo. Esta justicia suya no es un acto de gracia por el cual hace que *tu obediencia* sea aceptada por Dios, sino que *la obediencia personal de Cristo* a la ley en hacer y sufrir por nosotros es lo que nos requiere, y esto es aceptado por Dios. Afirmo que la verdadera fe acepta esta justicia de Cristo, bajo la cual se refugia el alma, y es por ella presentada sin mancha ante Dios, es aceptada, y es libre de condenación.

Continuó diciendo CRISTIANO:

—¿Oh, qué? ¿Pretenderías que confiáramos en lo que Cristo ha hecho en su propia Persona sin tener en cuenta lo que hizo por nosotros? Esta soberbia daría rienda suelta a nuestras concupiscencias y toleraría que viviéramos según nuestros propio deseos, porque, ¿qué importaría cómo vivimos si podemos ser justificados de todo por la justicia personal de Cristo, si así lo creemos? (Rom. 6:1).

Y agregó:

—Sí, también eres ignorante en cuanto a los verdaderos efectos de la fe para salvación en esta justicia de Cristo: que es, doblegarnos y dar nuestro corazón a Dios en Cristo, amar su nombre, su Palabra, su camino y su pueblo, no como en tu ignorancia te imaginas.

ESPERANZA interrumpió para decir:

—Pregúntale si alguna vez se le reveló Cristo desde el cielo.

A lo que IGNORANCIA contestó:

—¡Qué! ¡Es usted un hombre que se basa en revelaciones! Me parece que lo que ustedes dos y el resto de ustedes dicen acerca del asunto es fruto de un cerebro que desvaría.

—Pero, hombre —dijo ESPERANZA— Cristo está tan escondido en Dios, protegido de las ansiedades naturales de la carne, que no puede ser conocido por nadie para salvación, a menos que Dios el Padre se les revele (Mat. 11:27; 1 Cor. 12:3; Ef. 1:18-19).

—Esa es la fe de ustedes pero no la mía, ¡y la mía es tan buena como la de ustedes!

—Despierta, ve lo lamentable de tu estado —exclamó CRISTIANO— y apresúrate a acudir al Señor Jesús, y por su justicia, que es la justicia de Dios (porque él mismo es Dios), serás librado de condenación.

IGNORANCIA se detuvo.

—Mi fe es tan buena como la de ustedes —declaró— pero no puedo avanzar al ritmo de ustedes. Sigán adelante, e iré detrás.

—En fin, vamos, mi buen compañero ESPERANZA. Por lo visto tenemos que volver a caminar solos —dijo CRISTIANO.

Siguieron, yendo un buen trecho adelante, con IGNORANCIA rengueando detrás de ellos. Entonces le dijo CRISTIANO a su compañero:

—Me da mucha lástima este pobre hombre, de seguro que al final le irá muy mal.

—Hay muchos más igual que él en nuestra ciudad, —comentó ESPERANZA— familias enteras, sí, calles llenas (y de peregrinos también) y si hay tantos en nuestra región, piensa cuántos más habrán en el lugar donde él nació.

—Por cierto su Palabra dice: “Y sus ojos se han cerrado, para que no vean con los ojos” (Hech. 28:27). ¿Te parece que no han tenido en ningún momento una convicción de pecado y ningún temor de lo peligroso que es su condición? Pienso que quizá sí, pero por ser ignorantes no comprenden que esas convicciones son para su propio bien, por lo tanto procuran desesperadamente reprimirlas, y siguen presumiendo que andan bien en el camino de su propio corazón (Prov. 14:12; 21:2; Judas 21:25).

ESPERANZA coincidió:

—Yo digo que el temor tiende a ser bueno para el hombre. Lo prepara para emprender el peregrinaje.

—El temor de Jehová —corrigió CRISTIANO— es el principio de la sabiduría (Job 28:28; Sal. 111:10; Prov. 1:7; 9:10). El temor correcto causado por las convicciones que impulsan al corazón a aferrarse a Cristo para salvación. Comienza y sigue generando una gran reverencia hacia Dios, su Palabra y sus caminos.

La Ciudad de Oro (vista desde el País de Beula)

Después vi en mi sueño que los peregrinos habían pasado la Tierra Encantada y entrado en el País de Beula, cuyo ambiente era muy dulce y agradable, y como el camino pasaba por este país, los peregrinos se recomfortaron allí por algún tiempo. Allí les fue agradable oír el canto de las aves y ver las flores en los campos. En esta tierra alumbraba el sol día y noche, pues está más allá del Valle de Sombra de Muerte, y también fuera del alcance del Gigante DESESPERACIÓN.

Aquí estaban a la vista de la ciudad a donde iban; también encontraron algunos de sus habitantes, ya que en este país los Seres Resplandecientes solían pasear porque está al lado del cielo. Allí oyeron voces que salían de la ciudad que decían: “Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra.” Aquí todos los habitantes del país los llamaban “Pueblo santo, los redimidos del Señor” (Isa. 62:4-12).

Cuanto más se acercaban a la Ciudad, una vista más clara de ella tenían. Era de perlas y piedras preciosas, sus calles eran de oro, de manera que, a causa de la gloria de la Ciudad, y el reflejo de los rayos del sol que la hacían resplandecer aún más, CRISTIANO se sintió enfermo, y ESPERANZA también. Por eso, se acostaron un rato, clamando: “Si veis a mi amado, dile que estoy enfermo de amor (Cant. 2:5).

Luego se acercaron más y más a los huertos, viñedos y jardines, cuyas puertas daban al camino real. Vieron al jardinero, quien les dijo que los jardines y viñedos habían sido plantados para recreo del Rey y para consuelo de los peregrinos.

Pero, como he dicho, el reflejo del sol sobre la Ciudad (siendo la Ciudad de oro puro) era extremadamente glorioso, tanto que aún no podían mirarla directamente, sino por

medio de un instrumento hecho para ese fin (Apoc. 21:18; 2 Cor. 3:18). Y vi que cuando seguían su camino salieron a su encuentro dos varones con vestiduras que brillaban como el oro, y sus rostros eran relucientes como la luz.

El Río de la Muerte

Además vi que entre ellos y la puerta estaba el Río de la Muerte. Pero no había puente para pasarlo, y el río era muy hondo. No había modo de seguir adelante sin pasar el río. A la vista de este río, los peregrinos se turbaron, pero los varones que se habían acercado a ellos dijeron:

—Tienen que pasar por el Río, si no, no podrán llegar a la Puerta.

Entonces les preguntaron a los varones si el agua era de la misma profundidad en todas partes. Dijeron que no, pero que sin embargo no les podían ayudar, pues decían:

—Hallarán el río de mayor o menor profundidad, según crean en el Rey del país.

Resolvieron, pues, pasar; pero entrando CRISTIANO en el agua, comenzó a hundirse por lo que exclamó:

—Me estoy hundiendo en aguas profundas, sus ondas me pasan por encima de la cabeza, la corriente me rodea por todos lados (Jon. 2:3).

ESPERANZA luego dijo:

—¡Ánimo, hermano mío! Toco fondo con los pies y verás que es firme.

—¡Ah, amigo mío! Estoy sobrecogido por los dolores de la muerte. Ya no veré la tierra que fluye leche y miel.

Y con esto, CRISTIANO se encontró en una gran y horrorosa oscuridad, tanto que no podía ver por dónde iba. Temía morir en ese río y no entrar nunca por la puerta. También perdió noción de todo, de modo que no podía recordar ni hablar sensatamente de ninguno de esos dulces consuelos que había encontrado en el camino de su peregrinaje. Lo que decía demostraba que su mente estaba dominada por el pánico y que tenía un miedo atroz. Aquí también lo asaltaron los recuerdos inquietantes de los pecados que había cometido antes y desde que había comenzado su peregrinaje. Veía demonios y espíritus malos, según decía.

ESPERANZA, pues, se vio en apuros tratando de mantener la cabeza de su hermano fuera del agua; sí, de a momentos se hundía y luego salía medio muerto. ESPERANZA hacía todo lo posible para consolarlo, diciendo:

—Hermano, veo la puerta y varones que nos esperan.

CRISTIANO contestaba:

—Es a ti a quien esperan, has conservado tu esperanza desde el primer momento que te conocí.

—¡Ay, hermano mío, estas aflicciones y amarguras por las que estás pasando en estas aguas, no son señal de que Dios te haya desamparado, sino que son enviadas para probarte, y ver si te acuerdas de lo que por su bondad has recibido, y para que te apoyes en él en medio de tus aflicciones! ¡Cobra ánimo! Jesucristo te salva (Isa. 43:2; Luc. 8:50).

Ahora CRISTIANO exclamó:

—¡Oh, vuelvo a verlo y oigo que me dice: “Cuando pasares por las aguas, yo seré contigo; y cuando por los ríos, estos no te anegarán” (Isa. 43:2).

Con esto, los dos se animaron, (el enemigo se quedó inmóvil como una piedra), y muy pronto sus pies tocaron fondo desde allí en adelante, y acabaron de pasar sin tener más problemas.

La Jerusalén Celestial

En la ribera del otro lado del río encontraron a los dos varones resplandecientes que los saludaron, diciendo:

—Somos espíritus enviados para servir a los herederos de la salvación.

Todos juntos se dirigieron hacia la puerta. Es de notar que la Ciudad estaba sobre una alta colina; pero los peregrinos subieron con facilidad, porque los seres resplandecientes les daban el brazo. También habían dejado atrás sus vestiduras mortales, pues aunque entraron en el río con ellas, salieron sin ellas (1 Cor. 15:51-57).

—La belleza de este lugar es inexpresable —les informaron sus compañeros—. “Es el monte Sión, La Jerusalén Celestial, la compañía innumerable de ángeles y de los espíritus de los justos hechos perfectos” (Heb. 12:22-24). Van ustedes ahora al Paraíso de Dios. Y cuando lleguen recibirán ropas blancas, y su conversación será con el Rey por toda la eternidad (Apoc. 3:4). No volverán a ver las cosas que veían cuando estaban sobre la tierra; como por ejemplo: dolor, enfermedad, aflicción y muerte, porque las cosas viejas pasaron (Isa. 65:15).

—¿Qué haremos en el lugar santo?

—Allí comerán del fruto siempre maduro del árbol de la vida, y no volverán a tener dolor, porque verán al Santo tal como es (Apoc. 2:7; 1 Cor. 13:12; 1 Juan 3:2). Allí recibirán descanso de todo su trabajo y tendrán gozo en lugar de tristeza, segarán lo que sembraron, los frutos de sus oraciones y lágrimas y sufrimiento por amor del Rey (Gál. 6:7). En ese lugar tendrán coronas de oro y gozarán por toda la eternidad ante la presencia del Santo. Allí, también, le servirán con alabanzas, aclamaciones y con acciones de gracias a Aquel a quien quisieron servir en el mundo, aunque con mucha dificultad a causa de la flaqueza de su carne. Sus ojos estarán encantados de ver y sus oídos de oír la voz agradable del Todopoderoso (1 Tes. 4:13-16; Judas 14; Dan. 7:9-10; 1 Cor.:2-3)

Al ir acercándose a la puerta, salió a recibirlos una compañía de las huestes celestiales. Los dos Seres Resplandecientes les dijeron a las huestes:

—Estos son los hombres que amaban a nuestro Señor cuando estaban en el mundo y que dejaron todo por amor a su santo nombre. Y él nos mandó a buscarlos, y los hemos traído hasta aquí en su anhelado viaje, a fin de que entren y tengan el gozo de ver el rostro del Redentor.

A esto, las huestes celestiales exclamaron con voz de júbilo:

—Bienaventurados los que son llamados a las bodas del Cordero (Apoc. 19:9).

También salieron a recibirlos algunos de los músicos del Rey, vestidos de ropa blanca y reluciente, los cuales con sus melodías despertaron ecos en los cielos; y cantando y tocando sus trompetas saludaban a CRISTIANO y a su compañero dándoles diez mil bienvenidas.

Ya estaban estos dos hombres, por así decir, en el cielo aun antes de haber llegado; sintiéndose sobrecogidos por la visita de los ángeles y escuchando sus melodiosas notas. Desde aquí veían también la ciudad, y les pareció oír que sus campanas repicaban para celebrar su llegada. Y sobre todo, los alegres y fervorosos pensamientos acerca de que ellos mismos vivirían en semejante compañía, y eso para siempre jamás, les causaba un gozo tan glorioso, que ninguna lengua ni pluma sería capaz de expresar.

Final del peregrinaje

Y así llegaron a la puerta, y vieron escritas sobre ella en letras de oro las palabras: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos. Entren por las puertas de la ciudad” (Apoc. 22:14).

Vi luego en mi sueño que los Seres Resplandecientes les decían que llamasen a la puerta, lo cual hicieron, y aparecieron algunos mirando por arriba de la puerta, a quienes se les dijo:

—Estos peregrinos han llegado de la Ciudad de Destrucción por el amor que tienen al Rey de este lugar.

Entonces cada uno de los peregrinos entregó el certificado que había recibido al principio. Estos fueron llevados al Rey, quien, cuando los hubo leído, preguntó:

—¿Dónde están estos hombres?

—Están a la puerta —fue la respuesta.

El Rey ordenó que se abriera la puerta, diciendo:

—“Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades” (Isa. 26:2).

Los peregrinos entraron por la puerta, y al entrar cambió su apariencia de tal manera que sus rostros brillaban. Les pusieron vestiduras que relucían como el oro. También recibieron arpas para alabar al Señor y coronas en señal de honra. Entonces oí en mi sueño que todas las campanas de la Ciudad volvían a repicar de gozo y que les dijeron:

—Entrad en el gozo de vuestro Señor (Mat. 25:21).

Y los peregrinos mismos cantaban con júbilo:

—Bendición y honra, y gloria y potestad a aquel que está sentado en el trono, y al Cordero para siempre jamás (Apoc. 5:13-14).

Cuando se abrieron las puertas para dar paso a los peregrinos, miré hacia adentro, y he aquí que la Ciudad brillaba como el sol, las calles eran de oro y por ellas andaban muchos cantando alabanzas, con coronas en su sien y palmas en las manos.

También vi a unos que tenían alas y exclamaban unos a otros, sin parar:

—Santo, santo, santo es el Señor.

Después se cerró la puerta, y cuando se cerró hubiera deseado estar entre ellos.

El destino de Ignorancia

Mientras contemplaba yo estas cosas, volví la vista y vi a IGNORANCIA llegar a la orilla del río. Muy pronto lo pasó, y sin la mitad de la dificultad que tuvieron los dos peregrinos, porque aconteció que había entonces en ese lugar un barquero llamado VANA ESPERANZA, quien lo pasó en su barca. Y así IGNORANCIA también subió el cerro para llegar a la puerta, pero iba solo. Nadie salió a recibirlo con una palabra de aliento.

Cuando llegó a la puerta, miró el escrito que estaba en la parte de arriba. Comenzó a llamar, suponiendo que muy pronto le sería permitida la entrada; pero fue interrogado así por los hombres que se asomaron por encima:

—¿De dónde vienes? ¿Qué quieres?

Contestó él:

—He comido y bebido en presencia del Rey, y él ha enseñado en nuestras calles (Luc. 13:24-28). Luego le pidieron su certificado para mostrárselo al Rey. Pero buscó en vano, no tenía certificado. Entonces le preguntaron:

—¿No tienes certificado?

El hombre no contestó ni una sola palabra. Se lo contaron al Rey; pero este no quiso bajar a verlo, sino que mandó a los dos Seres Resplandecientes a tomar a IGNORANCIA, atarlo de pies y manos.

Lo tomaron, pues, y lo llevaron a una puerta en el costado del cerro, y allí lo dejaron. Entonces entendí que hay un camino al infierno, aun desde las puertas de la gloria, al igual que de la ciudad de Destrucción.

Con esto desperté, y he aquí que todo había sido un sueño.

Entonces, pues, pecador, ¿qué dices tú? ¿Dónde está tu corazón?

¿Correrás? ¿Has resuelto renunciar a todo?

¡Toma el camino, corre por él y aguanta hasta el fin;

y que Dios te dé un viaje triunfante!

Adiós —John Bunyan

La conclusión

Lector, mi historia te he contado;

A ver si a mí me la puedes interpretar,

*O a ti mismo, o a tu prójimo: pero ten cuidado
De no interpretarlo mal, porque si eso sucede,
En lugar de hacer un bien, un mal harás:
Porque iniquidad generas interpretándola mal.*

*Cuídate también, de al extremo ir
Y con los detalles de mi sueño jugar;
Ni dejes que mis ilustraciones o comparaciones
A risa te muevan o a vanamente discutir.*

*Deja eso para los muchachos y los necios;
Pero tú, ¿la sustancia de mi tema captas?
Abre las cortinas, detrás de ellas mira,
Mis metáforas busca, y en esto no vayas a fallar,
Si las quieres encontrar
A tu mente sincera, provechosas le serán.*

